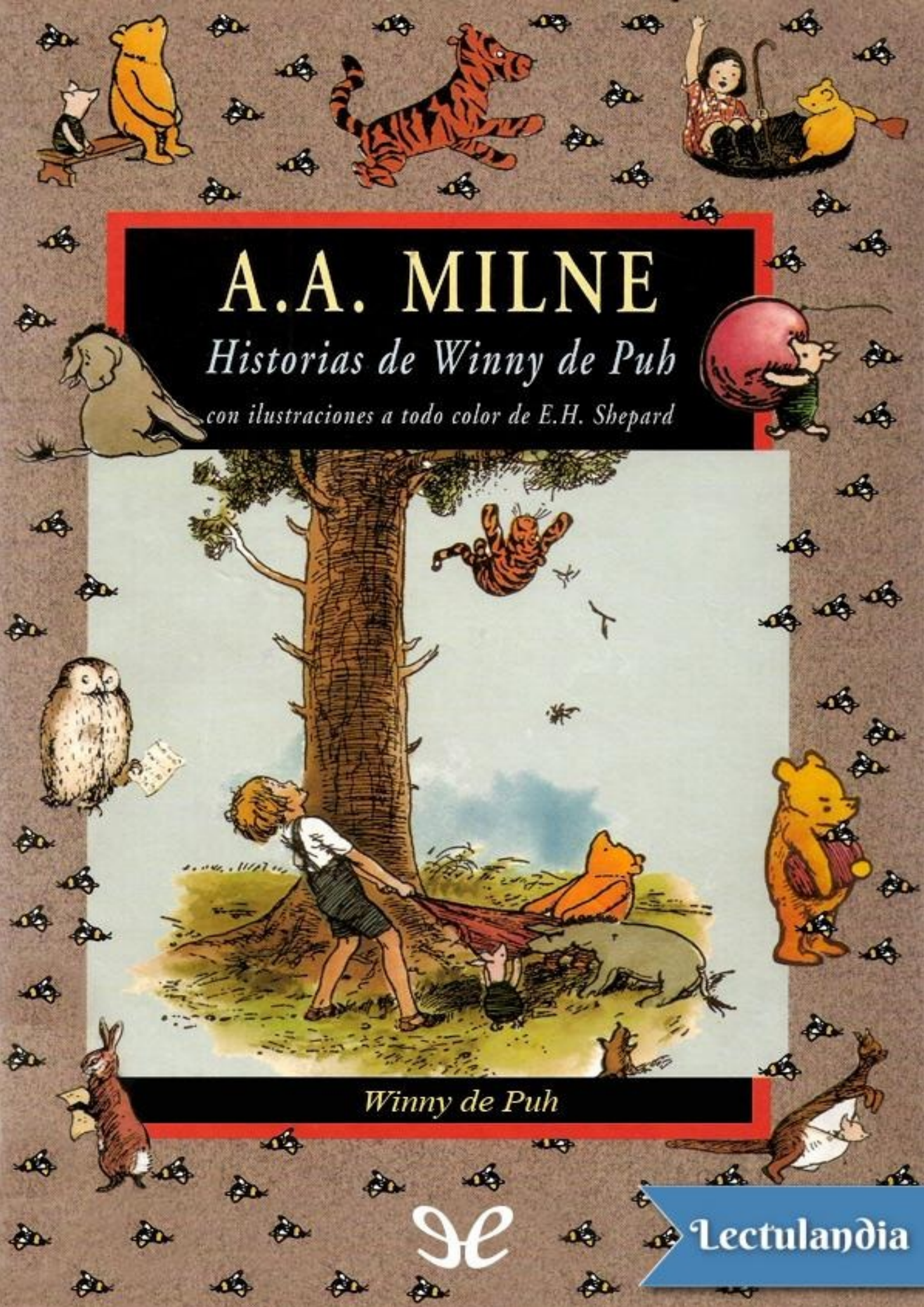


The book cover features a central illustration of a young boy in a white shirt and dark shorts, holding a red cloth, standing next to a large tree. A tiger is hanging upside down from a branch, and a bear is sitting on the ground nearby. An owl is perched on the left, and a rabbit is on the bottom left. The background is a light blue sky with a few birds. The entire cover is decorated with a pattern of small black and white bees. The title and author's name are in a black box at the top, and the publisher's name is in a blue banner at the bottom.

A.A. MILNE

Historias de Winny de Puh

con ilustraciones a todo color de E.H. Shepard

Winny de Puh



Lectulandia

Winny de Puh es, junto con el *Alicia* de Carrol, el *Peter Pan* de Barrie y *El viento en los sauces* de Kenneth Grahame, uno de los cuatro grandes clásicos de la literatura infantil, una obra maestra tan apta para niños de menos de diez años como para adultos de un buen nivel cultural.

A.A. Milne, el escritor de estas divertidas historias protagonizadas por Christopher Robin —su verdadero hijo— y su oso de peluche Winny, nació en Londres en 1882, y sus primeros trabajos aparecieron en la popular revista satírica *Punch*. Fue autor dramático, ensayista, y escribió dos novelas policiacas, un par de libros de rimas infantiles, y sobre todo las dos historias, *Winny de Puh* y *El Rincón de Puh*, que le dieron fama universal y que hemos reunido en este volumen.

Milne nos cuenta con poesía e ingenio los juegos y andanzas de su hijo Christopher Robin con sus amigos favoritos: Winny de Puh, un oso de peluche glotón y un tanto zoquete y cantarín, Porquete, un cerdito inquieto y más bien miedoso, Tigle, un tigre brincador y fanfarrón, y otros habitantes del bosque.

La edición incluye las ilustraciones a todo color de Ernst H. Shepard, que han contribuido no poco a convertir a Winny de Puh en un mito moderno de la cultura popular.

Lectulandia

A.A. Milne

Winny de Puh

Historias de Winny de Puh

ePub r1.0

Titivillus 22.09.16

Título original: *Winnie-the-Pooh*

Traducción: Isabel Gortázar

A.A. Milne, 1926

Ilustraciones: E.H. Shepard

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN DE WINNY DE PUH PARA ADULTOS

(Los niños no necesitan prólogo)

Estas primeras líneas son para tranquilizar a los adultos que se sorprendan disfrutando inadvertidamente con la lectura de este clásico de la literatura infantil. No ocurre nada raro. No es que hayan perdido su trabajosamente adquirida adultez; y nada les impedirá tornar a deleitarse, como habitualmente hacen, con la lectura de Paul Theroux, Umberto Eco, James Joyce, Dante o Bukowski. Ocurre que *Winny de Puh* de A. A. Milne es una obra maestra tan apta para un niño de menos de diez años, como para un adulto de un buen nivel cultural. Es más, los que pueden tener dificultades para apreciar los méritos de este libro son los chavales de catorce —a esa edad se quieren cosas serias y no las ocurrencias de un oso de peluche—, y las personas mayores que no leen “tonterías”, sino Libros Que-Merecen-La-Pena (postura tan inteligente como la Trampa Astuta para cazar pelifantes que dice Winny).

El autor de estas historias fue el escritor inglés A. A. Milne, nacido en Londres en 1882 y fallecido en 1956. Sus primeros trabajos como profesional de la literatura fueron artículos y versos publicados en la revista *Punch* —el clásico inmemorial de la prensa humorística inglesa—, de la que llegó a ser subdirector. Fue autor dramático de indudable éxito, escribió también ensayo, dos novelas policiacas, un par de libros de rimas infantiles (sí, también hay poesía de Winny de Puh) y ese binomio de libros, protagonizados por los animales de trapo de su hijo Christopher Robin, por los que es universalmente conocido: *Winnie-the-Pooh* (1926) y *The House at Pooh Corner* (1928). Hay una circunstancia personal que parece marcar casi toda su obra y, cómo no, sus dos libros de Puh. Y es que tuvo una infancia feliz y, por lo que parece, una vida —salvo su experiencia militar— tranquila y placentera. No solo su evocación de la infancia es un tierno ensueño, es que hasta sus obras de teatro eran motejadas por sus detractores —todo el mundo los tiene— de ingeniosas, elegantes, divertidas y brillantes pero, faltas de “substancia”... Lo cual casi parece un reproche, más que al escritor, a su optimismo... Por cierto, Dorothy Parker, una de las más ácidas, notables y malintencionadas escritoras norteamericanas de este siglo, alguien-cuya-lengua-venenosa-hacía-temblar-a-quien-escogiera-como-blanco de su talento, no soportaba a Winny [gracias por el apunte, Rosa]. Tanto optimismo debía quemarla como un rayo de sol a un vampiro.

Las historias de Winny no serían lo mismo sin los dibujos de Ernest E. Shepard (1879-1976), sin duda uno de los mejores ilustradores de literatura infantil de todos los tiempos. Colaboraba con sus pinceles en *Punch*, colaboró también con Milne en

su primer libro de versos, *When We Were Very Young*; y los encantadores dibujos que hizo de los personajes de *Winnie the Pooh* son retratos del natural, ya que pasó una temporada en casa de los Milne y allí pudo conocer, tomar apuntes y charlar — supongo— con Winny, Porqueto, Tigre y el propio Christopher Robin. Por cierto, en algunas de las muchísimas áreas que Internet dedica a Winny, se puede rastrear una preciosa fotografía en la que aparecen Shepard con Milne, Christopher Robin, y varios de los personajes, en su ser auténtico de trapo y serrín, cuyas aventuras tienes ahora en tus manos.

Winnie the Pooh es una de las cimas de la literatura infantil de todos los tiempos, un clásico de la literatura general y un mito de la cultura popular. Series de televisión, ropa, juguetes, incluso canciones de grupos de folk o rock hacen referencia directa a la obra de Milne. Cuando ocurre eso a más de cincuenta años de su publicación, es que la poesía, el juego conceptual, la visión naïf, y los hallazgos humorísticos y verbales de Milne dieron en la diana. Como decíamos antes, junto con el *Alicia* de Carroll, el *Peter Pan* de Barrie y *El viento en los sauces* de Kenneth Grahame, *Winny* es uno de los cuatro, no grandes, ENORMES, clásicos de la literatura escrita para niños. Y una carambola final que pone en relación a tres de ellos (Dios los cría y ellos se juntan...): Barrie y Milne fueron amigos íntimos; incluso Barrie ayudó a que Milne estrenara su primera obra de teatro. Por otra parte, Milne adaptó para el teatro *El viento en los Sauces* de Grahame, y de Shepard son, tanto las ilustraciones originales de *Winnie*, como las de *El Viento en los Sauces*.

La estilizada sombra de Christopher Robin y la más rolliza de Winny llegan, como referente de lujo, hasta nuestros días.

Malvados,
 sarcásticos,
 muy tiernos...
 geniales siempre,
¿a quiénes tienen como antepasados
Calvin y su tigre Hobbes?

Alfredo Lara López

Winnie de Puh



traducido por
ISABEL GORTÁZAR

PARA ELLA

De la mano venimos

Christopher Robin y yo
a regalarte este libro.

¿Dices que te sorprende?

¿Dices que te gusta?

¿Dices que es justo lo que querías?

Pues es tuyo,

porque te queremos.

INTRODUCCIÓN



Si por casualidad has leído algún otro libro de Christopher Robin, tal vez recuerdes que solía tener un cisne (¿o era el cisne el que tenía a Christopher Robin?) y que el cisne se llamaba Puh. De esto hace mucho tiempo y, cuando nos despedimos, nos llevamos el nombre porque pensamos que el cisne ya no lo iba a necesitar. Más tarde, cuando el Oso Eduardo dijo que quería tener un nombre especial, Christopher Robin dijo inmediatamente, sin pararse a pensar, que se llamaría Winnie de Puh, y así ha sido. De modo que, una vez explicada la parte de Puh, paso a

explicar el resto.

No se puede estar mucho tiempo en Londres sin ir al zoológico. Hay gente que recorre el zoológico empezando por el principio, donde pone ENTRADA, y pasa a todo correr por delante de las jaulas hasta que llega al sitio donde pone SALIDA. Pero la gente que más nos gusta es la que va directamente a ver a su animal favorito. Por eso, cuando Christopher Robin visita el zoológico va a donde están los Osos Polares, le dice unas palabras al oído al tercer guardián empezando por la izquierda, y se abren unas puertas, y recorremos unos pasillos oscuros, y subimos unas escaleras empinadas hasta que llegamos a una jaula especial, y la jaula se abre y sale una cosa parda y peluda y, con un grito feliz de “¡Oso querido!”, Christopher Robin se lanza en sus brazos. El nombre de este Oso es Winnie, lo cual demuestra que es un buen nombre para osos; lo malo es que no nos acordamos de si Winnie se llama así por Puh o Puh por Winnie. Hubo un tiempo en que lo sabíamos, pero se nos ha olvidado...

Había escrito hasta aquí cuando Porque te dijo con su voz chillona:

—Y yo, ¿qué?

—Querido Porque te —le dije—, todo este libro habla de ti.

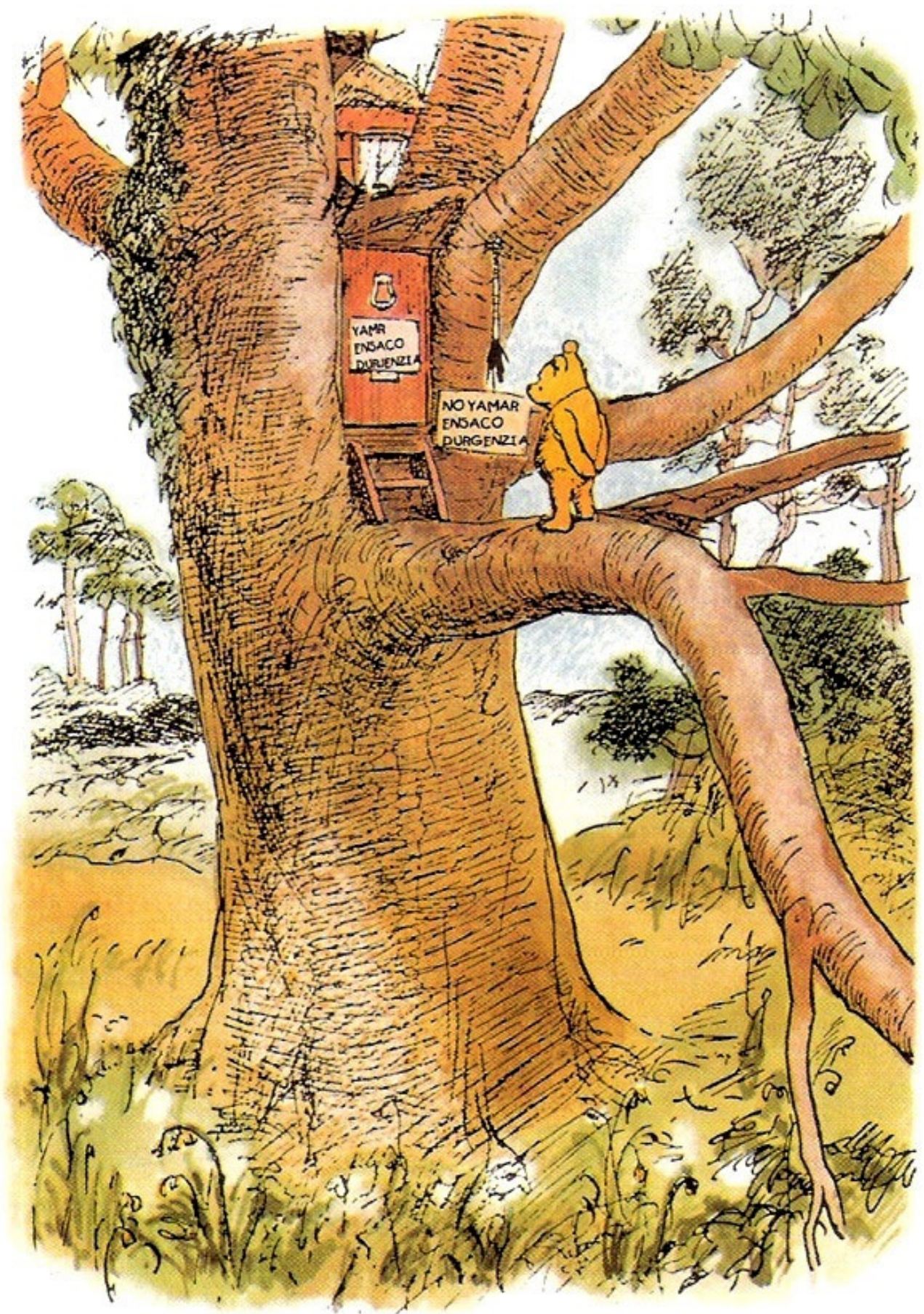
—¡Y también de Puh! —chilló.

Ya veis el problema. Está celoso porque opina que Puh ha conseguido tener una Gran Introducción para él solo. Puh, naturalmente, es el favorito; eso no lo niega nadie, pero Porque te también tiene algunas ventajas, porque, por ejemplo, no se puede llevar a Puh al colegio sin que se note; en cambio, Porque te es tan pequeño que cabe en el bolsillo, donde resulta muy reconfortante encontrarlo cuando uno no está seguro de si siete por dos son doce o veinticuatro. A veces incluso puede sacar la nariz y echar una buena ojeada al tintero, lo cual hace que sea más instruido que Puh, aunque a Puh eso no le importa.

—Hay quien tiene cerebro y quien no lo tiene —dice—, y no hay que darle más vueltas.

Y ahora todos los otros están gritando: «Y nosotros, ¿qué?». Así que será mejor dejar de escribir introducciones y empezar el libro de una vez.

A.A. M.





Para Christopher Robin Seeley, por innumerables razones (Isabel Gortázar).

CAPÍTULO I

En el cual conocemos a Winnie de Puh y a unas abejas



e aquí al Oso Eduardo bajando las escaleras; con la cabeza —*plom, plom, plom*— de la mano de Christopher Robin. Es la única manera que él conoce de bajar las escaleras, aunque a veces piensa que debe de haber otra forma mejor y que seguramente la descubriría si pudiera dejar de darse golpes en la cabeza y pararse a discurrir.

Y luego, en cambio, piensa que tal vez no hay otra forma. En todo caso ahora ya está abajo y dispuesto a sernos presentado por su nombre especial: Winnie de Puh.

Cuando oí el nombre por primera vez, dije, igual que vosotros ibais a decir:

—¡Pero yo creí que era chico!

—Claro que es chico —dijo Christopher Robin.

—Entonces no puede llamarse Winnie.

—Claro que no.

—Pero tú has dicho...

—He dicho Winnie *de* Puh. ¿No sabes lo que significa *de*?

—Sí, claro, ahora lo entiendo —dije rápidamente, y confío en que vosotros también lo entendáis, porque esta es toda la explicación que vais a recibir.

A veces, cuando Winnie de Puh baja al salón, le gusta jugar a algún juego; otras veces prefiere sentarse tranquilamente frente a la chimenea y escuchar un cuento.

Esta tarde...

—¿Por qué no cuentas un cuento?

—Es una idea.

—¿Podrías contarle uno a Winnie de Puh, por favor?

—Supongo que sí —dije—. ¿Qué clase de cuento prefiere?

—Uno en el que salga él. Porque es *esa* clase de Oso.

—Ya veo.

—Así que, ¿podrías?

—Lo intentaré —dije.

Y lo intenté.

* * *

Érase una vez, hace mucho tiempo, más o menos el viernes pasado, un Oso que se llamaba Winnie de Puh y que vivía solo en el Bosque, bajo el nombre de Sanders.

(—¿Qué significa “bajo el nombre”? —preguntó Christopher Robin.

—Significa que tenía el nombre sobre la puerta, escrito en letras de oro, y que

vivía debajo.

—Winny de Puh no estaba seguro —dijo Christopher Robin.

—Ahora ya lo sé —dijo una voz ronca.

—Entonces sigo —dijo yo).



Un día que salió a pasear, llegó a un claro en medio del Bosque y encontró un gran roble.

Inmediatamente oyó un fuerte zumbido que venía de lo alto del árbol. Winny de Puh se sentó al pie del árbol, puso la cabeza entre las zarpas y empezó a pensar.



Lo primero que pensó fue: «Ese zumbido significa algo. No se encuentra un zumbido como ese, zumba que te zumba, sin que signifique algo. Si hay un zumbido es que alguien está zumbando, y el único motivo que yo conozco para zumbiar es porque eres una abeja».



Luego siguió pensando otro buen rato, y dijo:

—Y la única razón que se me ocurre para ser una abeja es hacer miel.

Y entonces se levantó y dijo:

—Y la única razón que se me ocurre para que alguien haga miel es que yo me la pueda comer.

Así que empezó a trepar por el árbol.



Trepó, y trepó, y trepó, y mientras trepaba, para sí cantaba, y cantaba, y cantaba, una cancioncilla así de sencilla:

Es algo milagroso
cuán goloso
es un oso.
El oso es siempre fiel
a su tarro de miel.

Trepó un poco más alto... y un poco más alto... y todavía un poco más alto. Para entonces ya se le había ocurrido otra canción:

A poco que la Abeja pensara como un Oso,
yo no estaría trepando este tronco horroroso.
Pero, como la Abeja piensa de otra manera,
la miel está ahí arriba y que trepe el que quiera.

Con tanto ejercicio estaba ya francamente cansado y por eso mismo cantaba una Canción Quejosa. Sin embargo, estaba llegando arriba y, si conseguía ponerse en pie en aquella rama...

¡Crac!



—¡Mecachis! —dijo Puh mientras caía a una rama tres metros más abajo.

—Si no hubiera... —dijo rebotando seis metros más hasta la siguiente rama.

—Lo que yo pensaba hacer... —explicó dando una voltereta y cayendo cabeza abajo cinco metros hasta quedar colgado en otra rama.

—Lo que yo pensaba hacer...

—Claro que hay que reconocer... —admitió mientras resbalaba a través de las seis ramas siguientes.

—Esto me pasa —decidió, despidiéndose de la última rama con un airoso volatín y aterrizando en un matojo de espinos—, esto me pasa por ser tan aficionado a la miel. ¡Mecachis!



Salió a gatas del matojo, se quitó las espinas de la nariz y empezó a pensar de nuevo. Y la primera persona en quien pensó fue en Christopher Robin.

(—¿Ese soy yo? —dijo Christopher Robin con voz emocionada, sin atreverse a creerlo.

—Ese eres tú.

Christopher Robin no dijo nada, pero sus ojos se volvieron más y más redondos y sus mejillas más y más sonrosadas).



Así que Winnie de Puh se fue a ver a su amigo Christopher Robin, que vivía detrás de una puerta verde en otro lugar del Bosque.

—Buenos días, Christopher Robin —dijo.

—Buenos días, Winnie de Puh —dijiste tú.

—Quería saber si, por casualidad, no tendrías un globo para prestarme.

—¿Un globo?

—Sí; mientras venía para acá me he dicho a mí mismo: “Sería cosa de saber si Christopher Robin tiene o no tiene un globo”, eso es lo que me he dicho a mí mismo, pensando en globos y cosas.

—¿Para qué quieres un globo?

Winnie de Puh miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba, puso la zarpa junto a su hocico y dijo con un ronco susurro:

—Miel.

—¡Pero la miel no se consigue con globos!

—Yo sí —dijo Puh.

Bien, pues resultó que tú habías ido a un cumpleaños el día anterior, a casa de tu amigo Porquete, y que os dieron globos en el cumpleaños. A ti te habían dado un gran globo verde y a uno de los parientes de Conejo le habían dado un gran globo azul, pero se lo había dejado olvidado, porque de todos modos era demasiado crío para ir a un cumpleaños, así que tú te habías llevado a casa el globo verde y el globo azul.

—¿Cuál prefieres? —le preguntaste a Puh.

Puh puso la cabeza entre las zarpas y meditó cuidadosamente.

—Verás —dijo—, cuando vas a por miel con un globo, lo más importante es que las abejas no te vean llegar. Si vas con un globo verde, pueden creer que eres parte del árbol y no hacer caso; y si vas con un globo azul, pueden creer que eres parte del ciclo y no hacer caso, y la cuestión es: ¿cuál es mejor?

—¿No crees que te verían a ti debajo del globo?

—A lo mejor sí y a lo mejor no —dijo Winnie de Puh—. Nunca se sabe con las abejas.



Pensó un momento y dijo:

—Intentaré parecer una nubecita negra. Eso las despistará.

—Entonces será mejor que te lleves el globo azul —dijiste tú, y así se decidió.



De modo que salisteis los dos con el globo azul y tú llevabas el rifle, como siempre, por si acaso. Winnie de Puh se fue a un charco que él conocía, lleno de barro, y se revolcó y se revolcó hasta que se volvió negro del todo. Más tarde, cuando ya habíais inflado el globo bien grande y lo teníais los dos sujetos por la cuerda, tú lo soltaste de pronto y Puh subió flotando suavemente, hasta que llegó a la altura de la copa del árbol, pero a diez metros de distancia.



—¡Hurra! —gritaste.

—¿No es estupendo? —gritó Winnie de Puh—. Dime qué te parezco.

—Pareces un Oso agarrado a un globo —dijiste.

—¿Seguro? —preguntó Puh muy angustiado—. ¿Seguro que no parezco una nubecilla negra en el cielo azul?

—No mucho.

—Bueno, a lo mejor desde aquí arriba se ve distinto y, como te decía, con las abejas nunca se sabe.

No había viento que pudiera acercarle al árbol, así que allí se quedó quieto. Podía ver la miel, podía oler la miel, pero no podía alcanzar la miel.

Al cabo de un rato te volvió a llamar.

—¡Christopher Robin! —dijo en un fuerte susurro.

—¿Qué?

—Me parece que las abejas sospechan algo.

—¿Algo de qué?

—No sé. Pero estoy seguro de que *sospechan*.

—A lo mejor creen que vas a quitarles la miel.

—A lo mejor es eso; con las abejas nunca se sabe.

Se hizo otro silencio y en seguida volvió a llamarte.

—¡Christopher Robin!

—¿Sí?

—¿Tienes un paraguas en casa?

—Creo que sí.

—Te agradecería que lo trajeras aquí y te pasearas con él arriba y abajo, diciendo: “Vaya, vaya, parece que va a llover”. Creo que, si hicieras eso, ayudaría muchísimo a engañar a las abejas.



A ti te dio la risa. «Oso tontorrón», pensaste, pero no lo dijiste en voz alta porque le quieres mucho. Así que te fuiste a casa a por el paraguas.



—Ah, ya estás aquí —gritó desde lo alto Winny de Puh tan pronto como volviste junto al árbol—. Ya me estaba poniendo nervioso. He descubierto que las abejas están definitivamente llenas de *sospechas*.

—¿Quieres que abra el paraguas? —preguntaste.

—Sí, pero espera un momento. Tenemos que ser prácticos. Lo importante es engañar a la Abeja Reina. ¿Puedes ver desde ahí cuál es la Abeja Reina?

—No.

—¡Qué pena! Bueno, de todos modos, si ahora abres el paraguas y te paseas diciendo “Vaya, vaya, parece que va a llover”, yo por mi parte haré lo que pueda cantando una Cancioncilla de Nube como la que cantaría una nube cualquiera... ¡Venga!

Y así, mientras tú te paseabas arriba y abajo con el paraguas, Winny de Puh se puso a cantar:

Yo soy una Nubecilla
que flota en el cielo azul;
la Nube que va flotando
siempre prefiere ir cantando.



Yo soy una Nubecilla
que flota en el cielo azul;
me siento muy orgullosa
de ser Nube algodonosa.

Las abejas seguían zumbando tan llenas de sospechas como antes. Algunas incluso dejaron sus nidos y volaron alrededor de la Nube en cuanto empezó el segundo verso de la canción, y concretamente una abeja se posó sobre la nariz de la Nube y luego se marchó.

—Christopher —¡ay!— Robin —gritó la Nube.

—¿Sí?

—He estado pensando y he llegado a una decisión importante: *estas abejas son de mala clase.*



—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Así que lo probable es que la miel sea también de mala clase, ¿no te parece?

—Si tú lo dices...

—Sí; por lo tanto voy a bajar.

—¿Cómo? —le preguntaste tú.

Winnie de Puh no había pensado en esto. Si soltaba la cuerda, se caería de golpe y eso no le hacía ninguna gracia. Así que pensó durante un buen rato y luego dijo:

—Christopher Robin, tienes que disparar al globo con tu rifle. ¿Tienes aquí tu rifle?

—Claro que lo tengo —le dijiste—. Pero si hago eso romperé el globo.

—Y si no lo haces —dijo Puh—, tendré que soltar la cuerda y me romperé yo.

Dicho así comprendiste que la cosa no tenía remedio, de modo que apuntaste cuidadosamente al globo y disparaste.

—¡Ay! —dijo Puh.



—¿He fallado?

—Yo no diría que has fallado —dijo Puh—. Pero no le has dado al globo.

—Lo siento —dijiste y volviste a disparar y esta vez sí le diste al globo; el aire empezó a salir despacito y Winnie de Puh bajó flotando hasta el suelo.



Pero los brazos se le habían quedado tan tiesos de sujetarse a la cuerda del globo durante tanto tiempo, que no pudo bajarlos en una semana, y cada vez que se le paraba una mosca en la nariz tenía que soplar para que se fuera. Y ahora que lo pienso (pero no estoy seguro), *ese* fue el motivo por el que siempre se le llamó Puh.

* * *

—¿Y ahí se acaba el cuento? —preguntó Christopher Robin.

—Ahí se acaba este cuento. Pero hay otros.

—¿De Puh y de Mí?

—Y de Porquete y Conejo y todos los demás. ¿No te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, pero luego, cuando me quiero acordar, se me olvida.

—El día que Puh y Porquete quisieron cazar un Pelifante...

—Pero no lo cazaron, ¿verdad?

—No.

—Puh no es capaz porque no tiene ni pizca de cerebro. ¿Sabes si yo lo cacé?

—Bueno, eso forma parte del cuento.

Christopher Robin asintió con la cabeza.

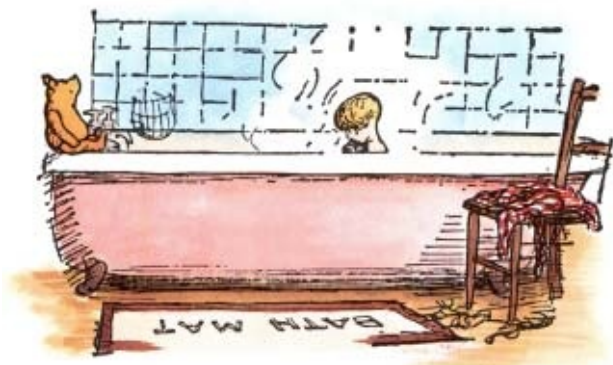
—Ya recuerdo —dijo—, pero Puh ha olvidado todo, así que le gustaría que se lo vuelvas a contar porque entonces es como un cuento nuevo y eso es mucho mejor que acordarse.

—Tienes toda la razón —dije.

Christopher Robin suspiró profundamente, agarró a su oso por una pata y lo arrastró hasta la puerta. Desde el umbral se volvió y preguntó:

—¿Vas a subir a ver cómo me baño?

—A lo mejor —dije yo.



—¿Verdad que no le hice daño cuando le disparé?

—En absoluto.

Asintió con la cabeza y salió. Un momento después oí a Winny de Puh (*plom, plom, plom*) subiendo las escaleras detrás de él.

CAPÍTULO II

En el cual Puh va de visita y se encuentra en un aprieto



duardo Oso, conocido por sus amigos como Winny de Puh, o sencillamente Puh, iba un día andando por el Bosque y canturreando para sí. Había inventado una melodía esa misma mañana, mientras hacía su gimnasia frente al espejo: *Tra-la-la-lá, tra-la-la-lá*, cuando se estiraba hacia arriba lo más posible, y luego *tra-la-la-lá, tra-la-jay!-la-lá*, cuando intentaba tocarse la punta de los pies. La había repetido una y otra vez después de desayunar hasta aprendérsela de memoria, y ahora ya podía cantarla de un tirón. Era así:



Tra-la-la-lá,
Tra-la-la-lá,
Chin-pum-pum,
Patapum.

Tra-la-la-lá,
Tra-la-la-lá,
Chin-pum-pum,
Patapum.

Pues bien, iba canturreando esa melodía, caminando alegremente, preguntándose qué estarían haciendo todos los demás y preguntándose también qué siente uno si, en vez de ser uno, resulta que es otro, cuando llegó a un promontorio de arena y en el promontorio de arena había un agujero.

—¡Ajá! —dijo Puh (*Chin-pum-pum. Patapum*)—. O mucho me equivoco o este agujero significa Conejo —dijo—, y Conejo significa Compañía —dijo—, y Compañía significa Comer y Escuchar Mi Canción y otras cosas agradables. *Chin-pum-pum. Patapum.*

Así que se inclinó, metió la cabeza por el agujero y gritó:

—¿Hay alguien en casa?

Dentro del agujero se oyó un ruido como de carreras y luego nada.

—¡He preguntado que si hay alguien en casa! —gritó Puh muy fuerte.

—No —dijo una voz, y luego añadió—: No hace falta que hables tan alto; te he oído perfectamente la primera vez.

—¡Qué lata! —dijo Puh—. ¿Seguro que no hay nadie?

—Nadie en absoluto.

Winny de Puh sacó la cabeza del agujero y se puso a pensar y pensó:

«Tiene que haber alguien ahí dentro, porque *alguien* tiene que haber dicho “Nadie en absoluto”». Así que volvió a meter la cabeza en el agujero y dijo:

—¡Hola, Conejo! ¿Eres tú?

—No —dijo Conejo, esta vez con una voz diferente.

—¿Pero no es esa la voz de Conejo?

—No creo —dijo Conejo—, por lo menos, yo intento que no lo sea.

—¡Oh! —dijo Puh.

Volvió a sacar la cabeza del agujero y de nuevo se puso a pensar, y una vez más metió la cabeza en el agujero y dijo:

—Bueno; pues ¿serías tan amable de decirme dónde está Conejo?

—Ha ido a ver a su gran amigo el Oso Puh.

—¡Pero si soy yo! —dijo Puh sorprendido.

—¿Qué clase de yo?

—¡El Oso Puh!

—¿Estás seguro? —dijo Conejo aún más sorprendido.
—Absolutamente seguro.
—Entonces puedes pasar.



Así que Puh empujó y empujó hasta que consiguió pasar por el agujero.

—Tenías toda la razón —dijo Conejo, mirándole detenidamente—. Sí que eres tú. Me alegro de verte.

—¿Quién creías que era?

—Bueno, no estaba seguro. Ya sabes lo que pasa en el Bosque. No se puede meter en casa a cualquiera. Hay que tener cuidado. ¿Quieres tomar algo?

Puh siempre solía comer alguna cosilla alrededor de las once de la mañana, de modo que se alegró mucho de ver que Conejo se ponía a sacar tazas y platos, y cuando Conejo le preguntó: “¿Miel o leche condensada con el pan?”, se puso tan nervioso que dijo:

—Las dos cosas —y luego, para no parecer glotón, añadió—: Pero no te preocupes por el pan, por favor —y luego, durante mucho rato, no volvió a decir nada más. Finalmente se levantó canturreando con voz pringosa, sacudió con cariño la pata de Conejo y dijo que tenía que marcharse.

—¿De veras? —dijo Conejo cortésmente.

—Bueno —dijo Puh—, podría quedarme un poco más si tú... si hay... —y se quedó mirando en dirección a la despensa.

—En realidad —dijo Conejo—, yo también tengo que salir ahora mismo.

—Ah, bueno, entonces me voy. Adiós.

—Adiós. Si estás seguro de que no quieres nada más, adiós.

—¿Pero *queda* algo más?

Conejo levantó las tapas de los cacharros y dijo que no, que no quedaba nada más.

—Ya me parecía —dijo Puh moviendo la cabeza—. Bueno, tengo que irme.

Así que empezó a trepar fuera del agujero. Hizo fuerza con las patas delanteras mientras empujaba con las traseras, y al poco tiempo había conseguido sacar la nariz... y luego las orejas... y luego las patas delanteras... y luego los hombros... y luego...



—Mecachis —dijo Puh—, será mejor que vuelva a entrar.

—Porra —dijo Puh—, tendré que seguir saliendo.

—¡No puedo entrar ni salir! —dijo Puh—. ¡Mecachis en la porra!

Mientras tanto, Conejo también había decidido irse a pasear y, al encontrarse con que la puerta principal estaba totalmente ocupada, había salido por la de atrás, había dado la vuelta a la madriguera y ahora estaba frente a Puh, mirándole.

—¿Te has quedado atascado? —preguntó.



—No —dijo Puh disimulando—. Estaba descansando un poco, y pensando y canturreando.

—Dame la pata.

Puh alargó una pata y Conejo tiró y tiró y tiró.

—¡Ay! —gritó Puh—. Me haces daño.

—La verdad —dijo Conejo—, es que estás atascado.

—Eso pasa —dijo Puh enfadado—, por no tener puertas más grandes.

—Eso pasa —dijo Conejo severamente—, por comer demasiado. Ya me parecía, aunque no he querido decir nada, que uno de nosotros estaba comiendo demasiado, y desde luego no era yo —dijo Conejo.

—Bueno, bueno —añadió—, voy a buscar a Christopher Robin.

Christopher Robin vivía al otro lado del Bosque. Cuando llegó con Conejo y vio la mitad de Puh saliendo del agujero, dijo “Oso tontorrón” con una voz tan cariñosa, que todo el mundo se sintió mucho mejor.

—Se me estaba ocurriendo —dijo Puh resoplando un poco—, que a lo mejor Conejo no puede volver a utilizar esta puerta. Y yo lo sentiría mucho.

—Yo también —dijo Conejo.

—¿Por qué no va a poder utilizar esta puerta? ¡Naturalmente que volverá a utilizar esta puerta!

—Bien —dijo Conejo.

—Si no podemos sacarte del todo, Puh, a lo mejor podemos meterte del todo.

Conejo se atusó los bigotes pensativo y señaló que una vez que Puh estuviera dentro, estaría dentro, y, aunque nadie se alegraba tanto como él de ver a Puh a menudo, era, sin embargo, un hecho sabido que unos viven en árboles y otros viven bajo tierra y...

—¿Quieres decir que *nunca* podría volver a salir?

—Quiero decir —dijo Conejo—, que habiendo conseguido sacar la mitad, me parece una pena desperdiciar el esfuerzo.

—Entonces solo hay una solución —dijo—. Tendremos que esperar a que vuelvas a adelgazar.

—¿Cuánto tiempo se tarda en adelgazar? —preguntó Puh con inquietud.

—Una semana más o menos.

—¡Pero yo no puedo quedarme aquí una *semana*!

—¡Ya lo creo que puedes *quedarte* ahí, Oso tontorrón! Lo difícil es conseguir que no te quedes.

—Te leeremos cuentos —dijo Conejo para animarle—. Y espero que no nieve —añadió—. Por otra parte, estás ocupando un montón de espacio dentro de mi casa. ¿Te importa si uso tus patas traseras como toallero? Porque pienso yo que, ya que están ahí sin hacer nada, serían muy prácticas para colgar las toallas.

—Una semana —dijo Puh muy deprimido—. *Y las comidas, ¿qué?*

—De comidas, nada, me temo —dijo Christopher Robin—. Para que adelgaces más deprisa. Pero te leeremos cuentos.

Puh empezó a suspirar y descubrió que ni eso podía, de puro apretado que estaba. Le rodó un lagrimón hasta el hocico y dijo:

—Por favor, léeme un Libro Reconfortante, de los que sirven para ayudar y consolar a un Oso Atrapado en un Gran Aprieto.

Así, durante una semana, Christopher Robin leyó un libro de esa clase a la mitad Norte de Puh,

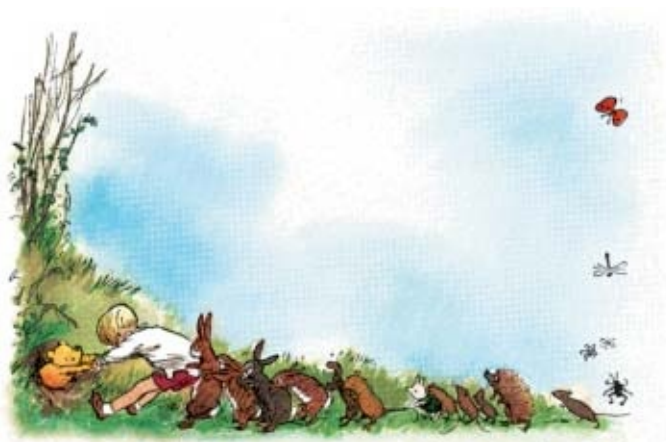


y Conejo utilizó la mitad Sur para colgar su colada.



En medio, Puh se sentía cada día más y más delgado. Al terminar la semana Christopher Robin dijo:

—¡Ahora!



Agarró fuerte las patas delanteras de Puh, Conejo agarró fuerte a Christopher Robin y todos los Amigos y Parientes de Conejo agarraron fuerte a Conejo y todos tiraron a la vez...

Durante mucho rato Puh solo decía: “¡Ay!”.

Y “¡Uy!”.

Y de repente hizo “¡pop!” , igual que un corcho cuando sale de la botella.

Y Christopher Robin y Conejo y todos los Amigos y Parientes de Conejo se cayeron para atrás, unos encima de otros, y encima de todos ellos cayó (¡libre!) Winny de Puh.

El cual, con un gesto de gratitud hacia sus compañeros, siguió su paseo por el Bosque, canturreando como siempre. Christopher Robin le miró con afecto y dijo para sus adentros: «Oso tontorrón».

CAPÍTULO III

En el cual Puh y Porquete salen a cazar y casi atrapan un Frusbo



Porquete vivía en una gran casa en mitad de un haya y el haya estaba en mitad del Bosque y Porquete vivía en mitad de la casa. Al lado de la casa había un tablero roto en el que podía leerse: COTO P. Cuando Christopher Robin preguntó a Porquete lo que significaba, este le respondió que era el nombre de su abuelo y que el tablero había pertenecido a la familia desde siempre. Christopher Robin dijo que nadie podía llamarse Coto P. Y Porquete dijo que sí se podía, porque su abuelo se llamaba así y era una abreviatura de Coto Primi, que a su vez era una abreviatura de Coto Primitivo. Y su abuelo había tenido dos nombres, por si perdía uno. Coto por un tío suyo y Primitivo por causas ajenas a su voluntad.

—Yo también tengo dos nombres —dijo Christopher Robin.



—¿Lo ves? Eso lo demuestra —dijo Porquete.

Un soleado día de invierno, mientras Porquete quitaba la nieve de delante de su casa, levantó la cabeza y vio a Winny de Puh. Puh caminaba en círculo, completamente distraído, y, cuando Porquete le llamó, Puh siguió caminando.

—¡Hola! —dijo Porquete—. ¿Qué haces?

—Cazar —dijo Puh.

—Cazar, ¿qué?

—Estoy siguiendo una huella —dijo Winnie de Puh con aire de misterio.

—¿Una huella de qué? —dijo Porquete acercándose.

—Eso es justamente lo que me pregunto. Me pregunto: ¿una huella de qué?

—¿Qué crees que te contestarás?

—Tendré que esperar hasta que lo cace —dijo Winnie de Puh—. Mira aquí —señaló al suelo delante de ellos—. ¿Qué ves?



—Huellas —dijo Porquete—. Marcas de zarpa. —Dio un gritito de emoción—. ¡Oh, Puh! ¿Crees que es un... un-un... Frusbo?

—Pudiera ser —dijo Puh—. Unas veces es y otras no es. Nunca se sabe con las huellas.



Con estas pocas palabras siguió rastreando, y Porquete, después de observarlo un par de minutos, corrió tras él. Winnie de Puh se había parado de repente y estaba inclinado sobre las huellas con cara de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Porquete.

—Es curioso —dijo Puh—, pero ahora parece que hay *dos* animales. Este lo-que-

sea se ha encontrado ahora con otro lo-que-sea y los dos van ahora caminando juntos. ¿Te importaría venir conmigo, Porque, por si resulta que son Animales Hostiles?

Porque se rascó la oreja de forma delicada y dijo que no tenía nada que hacer hasta el viernes y que estaba encantado de ir con Puh, por si *realmente* se trataba de un Frusbo.

—Querrás decir dos Frusbos —dijo Winny de Puh, y Porque dijo que de todas maneras no tenía nada que hacer hasta el viernes, así que se fueron juntos.

Había allí mismo un bosquecillo de alerces y daba la sensación de que los dos Frusbos (si es que eran Frusbos) habían estado dando vueltas alrededor de aquel bosquecillo; por lo tanto, Puh y Porque se pusieron a dar vueltas por el mismo sitio, rastreando sus huellas.

Porque mataba el tiempo contándole a Puh lo que su abuelo, Coto P., había hecho para curarse las Agujetas Producidas por Rastreo de Huellas y de cómo su abuelo, Coto P., había sufrido en su vejez Dificultades Respiratorias, y otros asuntos de interés general. Mientras le escuchaba, Puh se iba preguntando cómo sería un Abuelo, y si no resultaría que lo que ahora estaban siguiendo eran las huellas de Dos Abuelos, y, si así fuera, si podría llevarse uno a casa y amaestrarlo, y lo que diría Christopher Robin... y, mientras tanto, allí seguían las huellas frente a sus narices.

De pronto Winny de Puh se paró en seco y señaló al suelo:

—¡Mira!

—¿Qué? —dijo Porque dando un brinco, y luego, para demostrar que no se había asustado, dio dos o tres brincos más, poniendo cara de hacer gimnasia.



—¡Las huellas! —dijo Puh—. *Ha aparecido un tercer animal.*

—¡Puh! —chilló Porque—. ¿Crees que será otro Frusbo?

—No —dijo Puh—, porque las huellas son distintas. Pueden ser, por ejemplo, dos Frusbos y un Frisbo. Vamos a seguir tras ellos.

Así que continuaron dando vueltas, un poco nerviosos ya, pensando que los tres animales que estaban siguiendo pudieran albergar Intenciones Hostiles. Porque hubiera dado la pata derecha porque su abuelo C. P. estuviera allí, y Puh pensaba qué estupendo sería encontrarse ahora con Christopher Robin; no por nada, sino porque hacía mucho que no se veían.

De repente, Winnie de Puh volvió a pararse en seco y se pasó la lengua por el hocico, sin duda para refrescarse porque había empezado a sudar muchísimo: *¡Ahora había huellas de cuatro animales!*



—¿Lo ves, Porcuete? ¡Mira las marcas! Tres, como si dijéramos, Frusbos y un, por ejemplo, Frisbo. *¡Se les ha unido otro Frusbo!*

Y así parecía. Allí estaban las huellas; cruzándose en algunos trechos y algo confusas en otros, pero muy claras en general: huellas de cuatro pares de zarpas.

—Me *parece* —dijo Porcuete después de lamer él también la punta de su hocico y descubrir que eso no le consolaba nada—, me *parece* que me acabo de acordar de una cosa. Me acabo de acordar de una cosa que se me olvidó hacer ayer y que no podré hacer mañana. De modo que me voy a ir a hacerla ahora mismo.

—Podemos hacerla juntos esta tarde; yo te ayudo.

—No es la clase de cosa que se puede hacer por la tarde —dijo Porcuete rápidamente—. Es una cosa mañanera, que hay que hacer especialmente por las mañanas y, a ser posible, antes de las... ¿qué hora es ahora?

—Alrededor de las doce —dijo Winnie de Puh, mirando al Sol.

—Pues, como te decía, entre las doce y las doce y cinco. Así que, si me disculpas, Puh... *¿Qué es eso?*

Puh miró hacia arriba y luego, cuando oyó el silbido otra vez, se fijó en las ramas de un roble grande; allí descubrió a un viejo amigo.



—Es Christopher Robin —dijo.

—Ah, entonces no tienes problemas —dijo Porque—, Con *él* estarás totalmente a salvo. Adiós —y salió corriendo hacia su casa, muy contento de verse Fuera de Peligro.



Christopher Robin bajó del árbol con mucho cuidado.

—Oso tontorrón —dijo—, ¿qué estarás haciendo? Primero das la vuelta a los alerces tú solo dos veces, después Porque va detrás de ti y volvéis a dar la vuelta a los alerces hasta cuatro veces...

—Un momento —dijo Winny de Puh, levantando la mano.

Se sentó y se puso a pensar de la forma más pensativa posible. Luego colocó su zarpa sobre una de las huellas... luego se rascó dos veces la nariz y se levantó.

—Sí —dijo Winny de Puh.

—Ya veo —dijo Winny de Puh.

—He sido Crédulo y Estúpido —dijo—, y soy un Oso sin Pizca de Cerebro.

—Eres el Mejor Oso del Mundo —dijo Christopher Robin para consolarle.

—¿De verdad? —preguntó Puh esperanzado.

Y de repente se animó.

—De todos modos —dijo—, es casi la hora de comer.

Así que se fue a casa.

CAPÍTULO IV

En el cual Íyoo pierde un rabo y Puh lo encuentra



En un rincón del Bosque el viejo burro gris Íyoo, con las patas delanteras bien separadas, pensaba y pensaba. A veces, pensaba tristemente para sí: «¿Por qué?», y a veces pensaba: «¿Con qué fin?», y otras veces pensaba: «¿En la medida de qué?», y luego ya no sabía en qué estaba pensando. Así que, cuando Winny de Puh apareció por allí, Íyoo se alegró mucho de poder dejar de pensar un rato y dijo: “¿Cómo estás?” —con voz muy deprimida.



—¿Y cómo estás tú? —le preguntó Winny de Puh.

Íyoo meneó la cabeza.

—No muy cómo —dijo—. Hace muchísimo tiempo que no estoy nada cómo.

—Vaya, vaya —dijo Puh—. Cuánto lo siento, déjame que te mire a ver qué te pasa.

Íyoo se quedó quieto mirando al suelo tristemente y Winny de Puh dio una vuelta a su alrededor observándole con atención.



—¿Qué le ha pasado a tu rabo? —preguntó con sorpresa.

—¿Qué le ha pasado? —dijo Íyoo.

—Que no está.

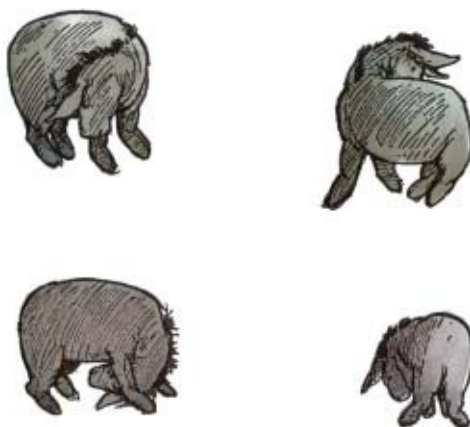
—¿Estás seguro?

—Verás; un rabo puede *estar* o *no estar*. No hay equivocación posible. Y tu rabo *no* está.

—Entonces, ¿qué es lo que está?

—Nada.

—Déjame ver —dijo Íyoo, y giró para llegar al sitio donde antes había estado su rabo, y cuando vio que no lo podía alcanzar, giró para el otro lado hasta que llegó a donde estaba al principio, y luego bajó la cabeza y la metió entre sus patas delanteras y finalmente dijo con un gran suspiro—: Me parece que tienes razón.



—Claro que tengo razón —dijo Puh.

—Esto explica muchas cosas —dijo Íyoo con voz dramática—. Esto lo explica todo. Ahora lo entiendo.

—Debes haberlo dejado en alguna parte —dijo Winny de Puh.

—Alguien debe de habérselo llevado —dijo Íyoo—. Son muy capaces —añadió después de un largo silencio.

Puh comprendía que debía decir algo reconfortante, pero no sabía el qué. Así que decidió ponerse en acción.

—Íyoo —dijo solemnemente—, yo, Winny de Puh, encontraré tu rabo.

—Gracias, Puh —respondió Íyoo—. Tú eres un amigo de verdad —dijo—. No como otros.

Así que Winny de Puh se fue en busca del rabo de Íyoo.

Era una preciosa mañana de primavera en el Bosque cuando Puh se puso en camino. Algunas nubecillas jugueteaban en el cielo, deslizándose por delante del Sol como si quisieran taparlo y alejándose de repente para dejar sitio a sus compañeras. Detrás de ellas, el Sol brillaba tanto como podía.

Puh caminó a través de la floresta, bajando colinas, atravesando riachuelos, trepando escarpadas laderas, hasta llegar cansado y hambriento al Bosque de los Cien Acres. Porque en el Bosque de los Cien Acres era donde vivía Búho.

—Y si alguien sabe algo de algo en este mundo —se dijo a sí mismo Puh—, ese alguien es Búho, o yo no me llamo Winny de Puh —dijo—. Y yo me llamo Winny de

Puh, así que...

Búho vivía en Los Castaños, una vieja mansión encantadora y la más imponente de todo el Bosque, o por lo menos eso es lo que le pareció a Puh cuando vio que la casa tenía una aldaba y un cordón de campanilla. Debajo de la aldaba había un letrero que decía:

YAMR ENSACO DURJENZIA.

Debajo del cordón de la campanilla había un letrero que decía:

NO YAMAR ENSACO DURGENZIA.

Estos letreros los había escrito Christopher Robin, que era la única persona en el Bosque que sabía escribir realmente bien. Porque Búho era muy sabio y sabía leer y hasta escribir su propio nombre, VUO, pero se confundía en cambio con las palabras ya más complicadas, como HIPECACUANA y HUEVOSFRITOS.



Winny de Puh leyó los dos letreros con sumo cuidado, primero de izquierda a derecha y luego, por si acaso se había dejado algo, de derecha a izquierda.

Finalmente, y para estar completamente seguro, golpeó con la aldaba y luego tiró del cordón de la campanilla y además gritó lo más fuerte que pudo:

—¡Búho, tengo un caso de urgencia! ¡Soy Puh!

Entonces se abrió la puerta y apareció Búho.

—Hola Puh —dijo—. ¿Cómo va todo?

—Mal, muy mal —dijo Puh—, porque Íyoo, que es amigo mío, ha perdido su rabo y está deprimidísimo. Por eso he venido a que me digas cómo buscarlo.

—Bueno —dijo Búho—, el procedimiento acostumbrado en tales casos es como sigue...

—¿Qué quiere decir el Padecimiento Constipado a Talegazos? —preguntó Puh—. Yo soy un Oso de Poco Cerebro y las palabras muy largas me dan dolor de cabeza.

—Quiero decir Lo Que Hay Que Hacer.

—Ah bueno, si solo quiere decir eso, no me importa —dijo Puh humildemente.

—Lo que hay que hacer es lo siguiente: Primero llenar de Afiches el Bosque y luego...

—Un momento —dijo Puh levantando la mano—. ¿Qué has dicho de *llenar* el Bosque? Como has estornudado, no te he entendido bien.

—Yo *no* he estornudado.

—Sí, Búho, has estornudado.

—Perdona, Puh, pero no es verdad. No se puede estornudar sin uno saberlo. Lo que yo he dicho es: “Primero llenar de *Afiches* el Bos...”.

—Ya has vuelto a estornudar —dijo Puh.

—¡Afiches! —dijo Búho muy fuerte—. Escribimos unos carteles muy grandes, ofreciendo una gran recompensa a cualquiera que encuentre el rabo de Íyoo.

—Hablando de grandes recompensas —dijo Puh animándose de pronto—, yo siempre como algo a estas horas... precisamente a esta hora de la mañana —y se quedó mirando el aparador que había en una esquina del comedor de Búho—. Una cucharadita de leche condensada, o cualquier otra cosa, y una pizca de miel...

—Entonces —dijo Búho—, escribimos esos carteles y los colocamos en todo el Bosque.

—Una pizca de miel —murmuró Puh para sí—, o no, según se tercie —y, suspirando profundamente, hizo un esfuerzo para escuchar a Búho, que hablaba y hablaba con palabras cada vez más largas. Al final volvió a donde había empezado y dijo que Christopher Robin era la persona indicada para escribir los carteles.

—Fue él quien escribió los letreros que tengo yo en la puerta. ¿Los has visto?

Puh llevaba ya un rato con los ojos cerrados diciendo “sí” y “no”, por turnos, a todo lo que hablaba Búho. Y, como había dicho “sí, sí”, la última vez, ahora respondió “no, no”, sin tener ni idea de lo que le estaban preguntando.



—¿No los has visto? —dijo Búho sorprendido—. Ven a verlos ahora mismo.

Así que salieron y Puh miró la aldaba y el letrero de debajo, y cuanto más miraba el cordón de la campanilla más tenía la impresión de haber visto, anteriormente, algo parecido en otra parte.

—Es bonito el cordón, ¿verdad? —dijo Búho.

Puh asintió.

—Me recuerda algo —dijo—, pero no sé qué. ¿Dónde lo conseguiste?



—Me lo encontré en el Bosque, colgado de un arbusto. Al principio pensé que alguien vivía allí, así que tiré de él para hacer sonar la campanilla, pero no abrió nadie; luego tiré más fuerte y me quedé con él en la mano y, como me pareció que nadie lo quería, me lo traje a casa y...

—Búho —dijo Puh solemnemente—, cometiste un grave error. Alguien sí lo quería.

—¿Quién?

—Íyoo. Mi amigo Íyoo. Estaba encariñado con él.

—¿Encariñado?

—Apegado —dijo tristemente Winny de Puh.

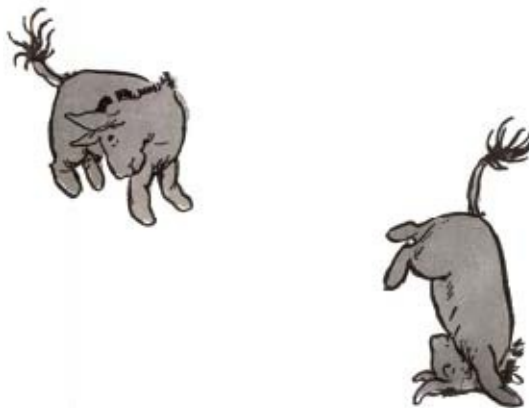
* * *



Y con estas palabras descolgó el rabo y se lo llevó a Íyoo y, cuando Christopher Robin lo hubo clavado de nuevo en su sitio, Íyoo se puso a dar volteretas por el bosque sacudiendo su rabo, tan feliz que Winnie de Puh tuvo que marcharse corriendo a casa, a tomar algo que le ayudara a sobrellevar la emoción. Cuando se enjugó el hocico media hora después, se puso a cantar lleno de orgullo:



El rabo se perdió
Fue Puh quien lo encontró.
A la hora de almorzar
Puh lo salió a buscar.



CAPÍTULO V

En el cual Porque se encuentra un Pelifante



n día que Christopher Robin, Winnie de Puh y Porque estaban juntos charlando, Christopher Robin acabó lo que estaba comiendo y dijo, como sin darle importancia:

—Porque, hoy he visto un Pelifante.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Porque.

—Nada, pelifantando por ahí. No creo que él me viera a mí.

—Yo vi uno una vez —dijo Porque—. Al menos, *creo* que lo vi. A lo mejor no era.

—Yo también —dijo Puh, pensando que no tenía ni idea de lo que era un Pelifante.

—No se ven muy a menudo —dijo Christopher Robin.

—Ya no —dijo Porque.

—No en esta época del año —dijo Puh.



Y se pusieron a hablar de otra cosa hasta que llegó la hora de irse a casa. Puh y Porque se fueron juntos. Al principio, mientras caminaban por el sendero que bordea el Bosque de los Cien Acres, iban en silencio, pero cuando llegaron al riachuelo y después de ayudarse mutuamente a cruzar por las piedras, empezaron a hablar amistosamente de esto y de lo otro, y Porque dijo: “No sé si me explico, Puh”, y Puh contestó: “Estoy totalmente de acuerdo contigo, Porque”, y Porque dijo: “Aunque, también, Puh, hay que ver la otra parte”, y Puh contestó: “Tienes toda la razón, Porque, lo había olvidado por un momento”. Y entonces, justo cuando llegaron a los Seis Pinos, Puh miró a su alrededor para comprobar que no le escuchaba nadie y dijo con voz solemne:

—Porque, he tomado una decisión.

—¿Cuál, Puh?

—He decidido cazar un Pelifante.

Puh sacudió la cabeza varias veces al decir esto y esperó que Porque le dijera “¿cómo?” o “¡Puh, no te atreverías!” o algo así de animador, pero Porque estaba enfadado porque no se le había ocurrido a él primero.

—Lo conseguiré con una trampa —dijo Puh después de esperar un ratito—. Tendrá que ser una Trampa Astuta, así que necesitaré tu ayuda, Porque.

—Puh —dijo Porque sintiéndose otra vez totalmente feliz—, te ayudaré. —Y luego dijo—: ¿Cómo lo haremos? —y Puh respondió: “Eso, ¿cómo?” y se sentaron juntos a discutir.

La primera idea de Puh fue que deberían cavar un Hoyo Muy Profundo y entonces vendría el Pelifante y caería dentro del Hoyo y...

—¿Por qué? —dijo Porque.

—¿Por qué, qué? —dijo Puh.

—¿Por qué se iba a caer dentro del Hoyo?

Puh se rascó el hocico con la zarpa y dijo que un Pelifante podría estar paseando, canturreando una canción y mirando al cielo para ver si iba a llover, con lo cual no vería el Hoyo Muy Profundo hasta que ya se hubiera caído dentro y entonces ya no tendría remedio.

Porque dijo que esa sería una Trampa muy buena siempre que no estuviera lloviendo ya.

Puh se rascó de nuevo el hocico y dijo que no había pensado en eso. Pero en seguida se animó y dijo que, si estuviera lloviendo, el Pelifante iría mirando al cielo para ver si iba a escampar, con lo cual no vería el Hoyo Muy Profundo hasta que ya se hubiera caído dentro y entonces ya no tendría remedio.

Porque dijo que, una vez aclarado este punto, le parecía que, efectivamente, habían dado con una Trampa Astuta.

Puh se sintió muy orgulloso cuando oyó esto y le pareció que el Pelifante estaba ya prácticamente atrapado, aunque había otro asunto que debía meditarse seriamente: ¿*Dónde cavar el Hoyo Muy Profundo?* Porque dijo que el mejor sitio era justo el lugar donde estuviera un Pelifante un segundo antes de caer, solo que un metro más allá.

—Pero entonces nos vería cavar —dijo Puh.

—No, porque estaría mirando al cielo.

—Sospecharía, si bajara la mirada por casualidad.

Puh pensó durante un rato y añadió tristemente:

—No es tan fácil como yo creía. Supongo que por eso *casi nadie* caza Pelifantes.

—Eso debe de ser —dijo Porque.

Suspiraron y se levantaron y, cuando se hubieron sacudido unos cuantos pinchos, se volvieron a sentar y todo ese rato Puh se decía: «Si se me ocurriera *algo...*». Porque él estaba convencido de que un Buen Cerebro podría cazar un Pelifante con solo discurrir un poco.

—Supón —le dijo a Porque— que quisieras cazarme, ¿cómo lo harías?

—Bueno —dijo Porque—, pues haría una trampa y pondría un tarro de miel dentro de la trampa y tú olerías la miel y bajarías a por ella y...

—Y bajaría a por ella —dijo Puh excitadísimo—, con mucho cuidado para no hacerme daño, y cogería el tarro de miel y chuparía bien los bordes primero, haciendo como que no queda más, ya sabes, y luego me alejaría un poco para pensar y luego volvería al tarro y empezaría a chupar por el medio y luego...

—Sí, bueno, eso da igual. El caso es que estarías dentro de la trampa y que yo te habría cazado. Ahora lo que hay que saber es qué es lo que les gusta a los Pelifantes. Piñas, supongo. Cogeremos un montón de piñas y... ¡eh, Puh, despierta!

Puh, que había entrado en un sueño maravilloso, se despertó sobresaltado y dijo que la miel le parecía una cosa mucho más Atrapante que las piñas.

Porque no estaba de acuerdo, y justo iban a empezar a discutir cuando Porque recordó que, si ponían piñas en la trampa, le iba a tocar a él buscarlas, mientras que, si ponían miel, le tocaría a Puh ceder la suya; así que dijo: “De acuerdo; miel”, justo cuando Puh, que acababa de pensar lo mismo, iba a decir: “De acuerdo; piñas”.

—Miel —dijo Porque pensativo, como si ya estuviera decidido—. Yo cavaré el hoyo mientras *tú* vas a buscar la miel.

—Muy bien —dijo Puh, y echó a andar.

En cuanto llegó a casa, fue a la despensa, se subió a una silla y bajó un gran tarro de miel de la última estantería. El tarro tenía un enorme letrero donde ponía MYEL, pero, por si acaso, le quitó la tapa y miró lo de dentro, y *parecía* miel.

—Aunque nunca se sabe —dijo Puh—. Recuerdo que mi tío comentó en una ocasión que había visto queso de este color.

Así que metió la lengua en el tarro y dio un gran lametón.

—Sí —dijo—, es miel. Sin duda alguna. Y miel, supongo, hasta el fondo. A menos, naturalmente —dijo—, que alguien haya puesto queso abajo del todo para gastarme una broma. Quizás debería seguir probando por si acaso; no vaya a ser que a los Pelifantes *no* les guste el queso, como me pasa a mí... ¡Ah! —dijo y suspiró profundamente—. Sí que es miel. Hasta abajo. Tenía yo razón.



Habiéndose asegurado de esto, llevó el tarro a Porque. Porque le vio llegar desde el fondo de su Hoyo Muy Profundo y preguntó: “¿Traes la miel?”, y Puh contestó: “Sí, pero el tarro no está lleno”, y se lo tiró a Porque, y Porque dijo: “¿Esto es todo lo que te queda?”, y Puh dijo: “Sí”, porque era la verdad. Así que



Porquete colocó el tarro en el fondo del Hoyo y salió trepando y los dos se fueron a casa.

—Buenas noches, Puh —dijo Porquete cuando llegaron a casa de Puh—. Nos encontraremos mañana por la mañana a las seis, junto a los Seis Pinos, a ver cuántos Pelifantes han caído en la Trampa.

—A las seis, Porquete. ¿Tú tienes una cuerda?

—No. ¿Para qué quieres una cuerda?

—Para traerlos a casa.

—¡Oh! *Me parece* que los Pelifantes vienen cuando se les silba.

—Unos sí y otros no. Nunca se sabe con los Pelifantes. Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Porquete fue a su casa de COTO P mientras Puh se metía en la cama.

Unas horas después, justo cuando la noche estaba ya terminando, Puh se despertó con una sensación como de agujero en el estómago. Ya conocía esa sensación de otras veces y sabía lo que significaba. *Tenía hambre*. Así que fue a la despensa, se subió a una silla, estiró los brazos para alcanzar la última estantería y... no encontró nada.

—Es curioso —pensó—. Yo tenía un tarro de miel ahí; un tarro lleno, lleno hasta los bordes, con un letrero de MYEL pegado para que *yo supiera* que era miel. Es muy curioso.

Y empezó a pasearse arriba y abajo, hablando solo y mormojeando. Así:

Es curioso, muy curioso
que yo, palabra de oso,
tenía un tarro de miel,
digo MYEL.

Y ahora lo busco y no hallo
ni miel ni tarro; es un fallo,
pues no encuentro ni el papel
de la MYEL.

Había mormojeado esto hasta tres veces, poniéndole un poco de música, cuando de pronto recordó.

Había colocado el tarro en la Trampa Astuta para cazar al Pelifante.

—¡Porras! —dijo Puh—. Esto me pasa por querer ser amable con los Pelifantes —y se volvió a la cama.

Pero no podía dormir. Cuanto más lo intentaba, menos podía. Intentó contar ovejas, lo cual es a veces una buena solución para quedarse dormido; cuando vio que tampoco se dormía, intentó contar Pelifantes. Eso fue aún peor. Porque cada Pelifante que contaba iba derecho al tarro de miel y *se la comía toda*. Durante un rato se quedó

tumbado en la cama sintiéndose desgraciadísimo; pero cuando el Pelifante número quinientos ochenta y siete se relamió el hocico diciendo: “Buena esta miel. No recuerdo otra mejor”, Puh ya no pudo resistir más. Saltó de la cama, salió corriendo de su casa y no paró hasta llegar a los Seis Pinos.



El Sol seguía acostado, pero sobre el Bosque de los Cien Acres había un cierto resplandor en el cielo que parecía indicar que pronto saltaría de su cama. En la media luz los pinos parecían fríos y solitarios, y el Hoyo Muy Profundo parecía más profundo todavía. En cuanto al tarro de miel, en el fondo del hoyo, resultaba un objeto misterioso, una forma nada más. Pero cuando se acercó un poco, la nariz de Puh decidió que efectivamente aquello *era* miel, la lengua se le disparó y empezó a relamerse el hocico.



—¡Porras! —dijo Puh en cuanto metió la nariz en el tarro—. Un Pelifante se ha comido la mitad.

Pero luego se acordó de que había sido él mismo.

La verdad es que se la había comido casi toda. Pero quedaba un poco, justo en el fondo del tarro, así que metió la cabeza completamente y se puso a lamer...



Porquete se despertó temprano. En cuanto estuvo bien despierto se dijo: “¡Oh!”. Luego añadió valientemente: “Sí”, y luego, aún más valientemente: “Por supuesto”. Pero, de hecho, no se sentía nada valiente porque la palabra que le retumbaba en la cabeza era ¡Pelifante!

¿Cómo es un Pelifante?

¿Es un Animal Feroz?

¿Viene cuando le silbas? ¿Y cómo viene?

¿Le gustan los Cerditos?

Si le gustan los Cerdos, ¿le gustan *todas las clases* de Cerdos? Suponiendo que sea feroz con los Cerditos, ¿servirá de algo que un Cerdo tenga un abuelo llamado Coto Primitivo?

No conocía la respuesta a ninguna de estas preguntas... ¡y se iba a encontrar con su primer Pelifante en menos de una hora!



Naturalmente, Puh estaría con él y la cosa resultaba mucho más Tranquilizadora siendo dos. Pero supongamos que los Pelifantes sean Muy Fieros con los Cerdos y los Osos.

¿No sería mejor decidir que tenía un horrible dolor de cabeza y no ir a los Seis Pinos esa mañana? Pero también supongamos que hace un día estupendo y no hay ningún Pelifante en la trampa: ¿Qué pintaba él toda la mañana en la cama, perdiendo el tiempo tontamente? No sabía qué hacer.

Y entonces tuvo una Brillante Idea. Iría hasta los Seis Pinos muy silenciosamente, echaría una mirada dentro de la trampa y comprobaría si había algún Pelifante. Si lo había, él se volvería a la cama, y, si no lo había, ya no tendría que preocuparse.



Así que fue. Al principio pensó que no había un Pelifante en la trampa y luego pensó que sí, y cuanto más se acercaba, más seguro estaba de que sí, porque además se le oía pelifantar como un demonio.

—¡Ay mi madre! —se dijo Porquete. Y quería echar a correr.

Pero, por otra parte, ahora que estaba tan cerca, lo menos que podía hacer era asomarse un poco y ver *cómo* es un Pelifante. Así que se deslizó hasta la boca del hoyo y miró...

Winnie de Puh había estado todo el tiempo intentando sacarse el tarro de la cabeza. Cuanto más la sacudía, más se le encajaba.

“¡Porras!”, dijo desde dentro del tarro, y “¡Auxilio!”, y, sobre todo, “¡Ay!”. Intentó golpearlo contra algo, pero como no podía ver contra qué lo golpeaba, no consiguió nada.

También intentó trepar fuera del hoyo, pero como no veía nada más que el tarro, y ni siquiera mucho tarro, no encontraba el camino. Al final levantó la cabeza, con tarro y todo, y soltó un horrible alarido de Tristeza y Desesperación... y fue justo en ese momento cuando a Porque se le ocurrió mirar.



—¡Auxilio! ¡Socorro! —gritó Porque—. ¡Un Pelifante; un Pelifante horrible! —y salió corriendo como alma que lleva el diablo, gritando sin parar.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Un Pelifante Horrible! ¡Un Horrificante Pelible! ¡Un Pelirrible Hofible! —y no paró de correr y gritar hasta que llegó a casa de Christopher Robin.



—¿Qué diablos te pasa, Porque? —dijo Christopher Robin, que justo se estaba levantando de la cama.

—Horrible —dijo Porque, jadeando tan fuerte que casi no podía hablar—. Horrible... Pelifante... Socorro.

—¿Dónde?

—Allí —dijo Porque agitando la pata.

—¿Cómo es?

—Como... como... tiene la cabeza más grande que has visto en tu vida, Christopher Robin. Una cosa enorme, como... como... como... nada. Enorme, no sé cómo explicarte, como un tarro.

—Bueno —dijo Christopher Robin, poniéndose los zapatos—. Vamos a verlo.

Porque no tenía miedo con Christopher Robin a su lado, así que fueron.

—Yo le estoy oyendo, ¿tú no? —dijo Porque ansiosamente cuando estuvieron cerca.

—Oigo algo —dijo Christopher Robin.



Era Puh dando con la cabeza contra una raíz de árbol que había encontrado.

—Ahí —dijo Porque —. ¿No es *horrible*?

Y se agarró fuerte de la mano de Christopher Robin.

De repente, Christopher Robin soltó la carcajada, y se reía... y se reía y, mientras se estaba desternillando de risa... ¡CATACRAC!... la cabeza del pelifante se estrelló contra la raíz del árbol, el tarro se hizo añicos y apareció la cara de Puh.

Entonces Porque se dio cuenta de lo tonto que había sido, y se sintió tan avergonzado que se fue corriendo a su casa y se metió en la cama con un tremendo dolor de cabeza. Pero Christopher Robin y Puh se fueron juntos a desayunar.

—¡Ay, Oso! —dijo Christopher Robin—. ¡Cuánto te quiero!

—Yo también —dijo Puh.

CAPÍTULO VI

En el cual Íyoo celebra su cumpleaños y tiene dos regalos



Íyoo, el viejo burro gris, estaba junto al arroyo y se miraba en el agua.

—Patético —dijo—. Eso es lo que es. Patético.

Se volvió, dio unos pasos arroyo abajo, luego cruzó a la otra orilla y dio unos pasos arroyo arriba. Después volvió a mirarse en el agua.

—Ya lo sabía yo —dijo—. Este lado es igual de malo. Pero a nadie le importa. A nadie le importa un pito. Patético. Eso es lo que es.

Se oyó un ruido en la maleza detrás de él y apareció Puh.

—Buenos días Íyoo —dijo Puh.

—Buenos días, Oso Puh —dijo Íyoo con desgana—. Si es que *son* buenos —dijo—, lo cual no está nada claro.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada, Oso Puh, nada. No todos podemos y algunos de nosotros sencillamente nunca lo conseguimos. Eso es lo que hay.



—No todos podemos, ¿qué? —dijo Puh rascándose el hocico.

—Alegría. Cantar y bailar. Viva la Pepa.

—¡Oh! —dijo Puh, y se quedó pensativo durante un buen rato. Luego preguntó —: ¿Qué Pepa?

—Bon-hommy —continuó Íyoo con voz lúgubre—. Una palabra francesa que significa buen humor —explicó—. No me quejo, pero Eso Es Lo Que Hay.



Puh se sentó sobre una piedra grande y trató de entender todo aquello. Le parecía un acertijo, y él siempre había sido una calamidad para los acertijos, siendo como era un Oso de Muy Poco Cerebro. Así que decidió cantar el *Tira la lira* por si servía:

Que tira la lira, que tira la los.
El gato está malo porque tiene tos.
Dime un acertijo yo te digo dos.
Que tira la lira, que tira la los.

Esta era la primera estrofa. Cuando la terminó, Íyoo no dijo que no le hubiera gustado, así que Puh, muy amablemente, cantó la segunda estrofa:

Que tira la lira, que tira la les.
Hay burros volando y tú no los ves.
Dime un acertijo, yo te digo tres.
Que tira la lira, que tira la les.

Íyoo continuó sin decir nada, así que Puh siguió con la tercera estrofa:

Que tira la lira, que tira la las.
Este no lo aciertas ni lo acertarás.
Dime un acertijo, yo te digo más.
Que tira la lira, que la tirarás.

—Eso —dijo Íyoo—. Canta. Chun-da-ta-chún. Alegría, alegría. Diviértete.

—Eso es lo que hago —dijo Puh.

—Algunos pueden —dijo Íyoo.



—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿*Tiene* que pasar algo?

—Pareces tan triste, Íyoo...

—¡Triste! ¿Por qué iba a estar triste? Es mi cumpleaños. El día más feliz del año.

—¿Tu cumpleaños? —dijo Puh con sorpresa.

—¡Claro! ¿No lo ves? Mira todos los regalos que he tenido. —Y movió la pata de un lado a otro—. ¡Mira la tarta! ¡Con velas y todo!

Puh miró primero a la derecha y luego a la izquierda.

—¿Regalos? —dijo Puh—. ¿Tarta? —dijo Puh—. ¿Dónde?

—¿No los ves?

—No —dijo Puh.

—Yo tampoco —dijo Íyoo—. Broma —explicó—. JA, JA.

Puh se rascó la cabeza un poco aturdido.

—¿Pero es tu cumpleaños de verdad? —preguntó.

—Sí.

—Ah, bueno, pues “¡Muchas Felicidades, Íyoo!”.

—¡Y muchas felicidades para ti, Oso Puh!

—Pero no es *mi* cumpleaños.

—No; es el mío.

—Pero has dicho “Muchas Felicidades”.

—¿Por qué no? NO querrás ser siempre desgraciado el día de *mi* cumpleaños, supongo.

—Ya —dijo Puh—. No, claro que no.

—Es suficiente —dijo Íyoo casi llorando—, que sea desgraciado yo, sin regalos, sin tarta, sin velas y sin nadie que me haga caso. No es necesario que todos los demás seáis desgraciados también.

Esto ya era demasiado para Puh.

—¡Espera aquí! —le dijo a Íyoo y salió corriendo para casa, tan deprisa como pudo.

Comprendía que tenía que conseguir inmediatamente *cualquier* clase de regalo para el pobre Íyoo. Más tarde pensaría en un regalo de verdad.

A la puerta de su casa encontró a Porque que daba saltos intentando alcanzar la aldaba.



—Hola, Porque —dijo.

—Hola, Puh —dijo Porque.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentaba alcanzar la aldaba —dijo Porque—. Acabo de llegar.

—Déjame que te ayude —dijo Puh amablemente. Se puso de puntillas y dio un aldabonazo—. Vengo de ver a Íyoo —empezó—, y el pobre está Hecho Polvo, porque es su cumpleaños y nadie se ha dado cuenta, y está Muy Deprimido (ya sabes cómo es él) y, bueno, pues me lo encontré, y vaya cuánto tardan en abrir en esta casa —y dio otro aldabonazo.

—Pero Puh —dijo Porque—, es tu propia casa.



—¡Oh! —dijo Puh—. Es verdad. Bueno, pues entramos.

Y entraron. Y lo primero que hizo Puh fue ir a la alacena a ver si le quedaba algún tarro pequeño de miel, y le quedaba uno, así que lo bajó.

—Le voy a dar esto a Íyoo —explicó—. Es un regalo. ¿Tú qué le vas a regalar?



—¿Por qué no le regalamos esto entre los dos? —dijo Porque.

—No —dijo Puh—. Ese *no* es un buen plan.

—De acuerdo, le daré un globo. Me queda uno de mi fiesta. Si te parece, iré a buscarlo ahora.

—Esa sí que es una *buena* idea. Es justo lo que Íyoo necesita para alegrarse un poco. Nadie puede estar triste con un globo.

Así que Porque salió corriendo y Puh se fue en dirección contraria con su tarro

de miel.

Hacía calor y tenía que andar bastante. Llevaba hecha la mitad del camino cuando empezó a sentirse raro. Sentía como un cosquilleo que le empezaba en la punta de la nariz y le llegaba hasta la planta de los pies. Como si alguien desde dentro le estuviera diciendo: “Bueno, Puh, es hora de comer algo”.

—Vaya, vaya —dijo Puh—. No sabía que fuera tan tarde.

Conque se sentó y quitó la tapa al tarro de miel. «Menos mal que se me ocurrió traerme esto —pensó—. Muchos osos hubieran salido en un día de calor como hoy, sin pensar en llevarse algo de comer». Y metió el hocico en el tarro.



«Ahora veamos —pensó después de dar el último lametón—. ¿Adónde iba yo? Ah, sí, Íyoo». Y se puso de pie.

Y de repente se acordó. ¡Se había comido el regalo de cumpleaños de Íyoo!

—¡Porrás! —dijo Puh—. Y ahora, ¿qué hago? Tengo que llevarle *algo*.

Pensó un rato, pero no se le ocurría nada.



Luego pensó: «Es un tarro muy bonito, incluso sin miel dentro, así que, si lo lavo bien y encuentro a alguien que escriba “*Feliz Cumpleaños*” alrededor, Íyoo podría usarlo para guardar cosas, lo cual es muy útil». De modo que, aprovechando que estaba atravesando justamente el Bosque de los Cien Acres, se acercó a ver a Búho, que vivía allí.

—Buenos días, Búho —dijo.

—Buenos días, Puh —dijo Búho.

—Muchas felicidades por el cumpleaños de Íyoo —dijo Puh.

—¿Es hoy?

—¿Qué le vas a regalar, Búho?

—¿Qué le vas a regalar tú?

—Yo le voy a regalar este Tarro Útil para guardar cosas y quería pedirte...

—¿Es este? —dijo Búho quitándoselo a Puh de las manos.

—Sí, y quería pedirte...

—Alguien ha estado usándolo para guardar miel —dijo Búho.

—Sirve para guardar *de todo* —dijo Puh enérgicamente—. Es Muy Útil. Así que quería pedirte...

—Tendrías que escribir “*Feliz Cumpleaños*” alrededor.

—*Eso* es justamente lo que quería pedirte —dijo Puh—. Porque mi letra es Insegura. Escribo bien pero Inseguro y las letras se van para los lados. ¿Te importaría escribir “*Feliz Cumpleaños*” por mí?

—Es un buen tarro —dijo Búho, mirándolo con detenimiento—. ¿No podríamos regalárselo entre los dos?

—No —dijo Puh—, ese *no* es un buen plan. Ahora voy a lavarlo bien y luego tú escribes alrededor.

Así que lavó el tarro y lo secó con cuidado mientras Búho chupaba la punta de su lápiz tratando de recordar cómo se escribe “*cumpleaños*”.



—¿Sabes leer, Puh? —preguntó Búho con cautela—. Hay un cartel a la puerta de mi casa que escribió Christopher Robin, ¿puedes leerlo?

—Christopher Robin me ha dicho lo que pone, y *así* sí que puedo.

—Bueno, pues te diré lo que pone *aquí* y así lo podrás leer también.

Entonces Búho se puso a escribir y esto es lo que escribió:

FLZ FIZ CULAÑOS PLEA MPLAFLZ.

Puh miraba el letrero con admiración.

—Estoy poniendo “*Feliz Cumpleaños*” —dijo Búho con suficiencia.

—Queda bonito... y largo —dijo Puh muy impresionado.

—Bueno, es que, *en realidad*, estoy poniendo “*Muy Feliz Cumpleaños Con Cariño de Puh*”. Naturalmente, lleva mucho más tiempo poner todo esto.

—Ya veo —dijo Puh.

Mientras tanto, Porquete había ido a su casa a buscar el globo para Íyoo. Lo llevaba fuertemente sujeto para que no se le volara y corría a todo meter porque quería llegar a donde estaba Íyoo antes que Puh; pensó que le gustaría ser el primero en llegar con un regalo, como si se le hubiera ocurrido a él sin necesidad de que nadie le diera la idea. Así que, mientras corría pensando en lo contento que se iba a poner Íyoo, no miraba por dónde pisaba y, de repente, metió el pie en un agujero y se cayó de narices.

PAM!!!???*!!



Porquete se quedó quieto pensando qué habría pasado. Al principio le pareció que todo el universo había explotado; luego pensó que tal vez solo había sido todo el Bosque; luego pensó que tal vez solo era *él mismo* quien había explotado y que nunca más vería a Christopher Robin, ni a Puh, ni a Íyoo, y luego pensó: «Bueno, pues incluso si estoy en la Luna no tengo por qué estar de narices todo el tiempo», de modo que se puso de pie y miró cautelosamente a su alrededor. Seguía estando en el Bosque.

—Vaya; tiene gracia —pensó—. Me pregunto qué ha sido ese ruido. No ha podido ser solo mi caída. ¿Y dónde está el globo? ¿Y qué es ese pingajo de goma?

Era el globo.

—¡Ay, madre! ¡Vaya, vaya, vaya! Pues ya no tiene remedio y no tengo más globos. A lo mejor a Íyoo no le gustan *mucho* los globos.

Continuó caminando, muy triste, hasta que llegó a la orilla del arroyo donde estaba Íyoo y le llamó.

—¡Buenos días, Íyoo! —gritó Porquete.

—Buenos días, Porquete —dijo Íyoo—. Si es que *son* buenos —dijo—, lo cual no está nada claro. Tampoco es que importe.

—Muchas felicidades —dijo Porquete, que ya había llegado junto a él.

Íyoo dejó de contemplarse en el agua y se volvió para mirar a Porquete.

—Di eso otra vez —dijo.

—Muchas felici...

—Espera un momento.

Balanceándose sobre tres patas, empezó a levantar la cuarta con mucho cuidado hasta la oreja.



—Ayer lo conseguí —explicó cayéndose por tercera vez—. Es fácil. Lo hago para oír mejor... Ya está... Ahora ya no me caigo. Ya puedes repetir lo que estabas diciendo. —Y empujaba la oreja hacia adelante con la pezuña.

—Muchas felicidades —repitió Porquete.

—¿Te refieres a mí?

—Claro, Íyoo.

—¿Mi cumpleaños?

—Sí.

—¿Quieres decir que voy a tener un cumpleaños?

—Sí, Íyoo, y te he traído un regalo.

Íyoo separó su pezuña derecha de su oreja derecha, se volvió en redondo y, con gran dificultad, levantó la pezuña izquierda.

—Eso me lo vas a tener que repetir en la otra oreja. A ver —dijo.

—Un regalo —dijo Porque te alzando mucho la voz.

—¿Para mí?

—Sí.

—¿Por mi cumpleaños?

—Claro, Íyoo.

—¿Voy a tener cumpleaños?

—Sí, Íyoo. Y te he traído un globo.

—¡Globo! —dijo Íyoo—. ¿Has dicho globo? ¿Una de esas cosas de colorines que se soplan? ¿Alegría, Alegría, Cantar-y-Bailar, Viva la pepa y Yujuruju?

—Sí, pero... me temo... lo siento mucho, Íyoo... pero cuando iba corriendo para traértelo, me caí.

—Vaya, vaya. ¡Qué mala suerte! Ibas demasiado rápido, supongo. ¿Te has hecho daño?

—No, pero yo... yo... ¡Oh, Íyoo! Lo siento mucho, pero se me explotó el globo. Se hizo un largo silencio.

—¿Mi globo? —dijo Íyoo por fin.

Porque te asintió.

—¿El globo de mi cumpleaños?

—Sí, Íyoo —dijo Porque te sorbiendo por la nariz—. Aquí está. Con... con... con... mis mejores deseos de un feliz cumpleaños. —Y entregó a Íyoo el pingajo de goma.



—¿Es esto? —dijo Íyoo un poco sorprendido.

Porque te asintió.

—¿Mi regalo?

Porque te asintió de nuevo.

—¿El globo?

—Sí.

—Gracias, Porque te —dijo Íyoo—. Perdona la pregunta —continuó—, pero ¿de

qué color era el globo cuando era un globo?

—Rojo.

—Solo quería saber... Rojo —murmuró para sí—. Mi color favorito...

—¿Cómo era de grande?

—Casi como yo.

—Solo quería saber... Casi tan grande como Porqueque —se dijo tristemente—. Mi tamaño favorito. Vaya, vaya.

Porqueque se sentía desgraciadísimo y no sabía qué decir. Estaba abriendo la boca para empezar alguna conversación y decidiendo al mismo tiempo que era inútil, cuando oyó una voz al otro lado del arroyo y allí estaba Puh.

—¡Muchas felicidades! —gritó Puh, olvidando que él ya se lo había dicho antes.

—Gracias, Puh —dijo Íyoo con su más triste voz.

—Te he traído un regalo —dijo Puh lleno de entusiasmo.

—Ya lo tengo —dijo Íyoo.

Puh había cruzado el arroyo para acercarse a Íyoo y Porqueque estaba sentado un poco más lejos, con la cabeza entre las patas.

—Es un Tarro Útil —dijo Puh—. Aquí lo tienes. Y lo que está escrito alrededor es “Muy Feliz Cumpleaños Con Cariño de Puh”. Esto es lo que pone. Y sirve para guardar cosas.

Cuando Íyoo vio el tarro se puso excitadísimo.

—¡Fíjate! Creo que mi globo cabe justo en ese tarro —dijo.

—Oh, no, Íyoo —dijo Puh—. Los globos son demasiado grandes para guardar en tarros. Lo que haces con un globo es, primero, sujetarlo...

—El mío no —dijo Íyoo muy orgulloso—. Mira, Porqueque —y cuando Porqueque se volvió tristemente para mirar, Íyoo tomó el globo con los dientes y lo colocó dentro del tarro; luego lo volvió a tomar y lo sacó al suelo y, finalmente, volvió a recogerlo y de nuevo lo depositó en el tarro.

—¡Sí que cabe! —dijo Puh—. Cabe estupendamente.

—¡Ya lo creo! —dijo Porqueque—. Se puede meter y sacar.

—¿Verdad que sí? —dijo Íyoo—. Entra y sale con toda facilidad.

—¡Cuánto me alegro —dijo Puh muy contento— de haber pensado en regalarte un Tarro Útil para guardar cosas!

—Y yo me alegro —dijo Porqueque encantado— de haberte regalado algo para guardar en un Tarro Útil.

Pero Íyoo no les escuchaba. Estaba sacando y metiendo el globo, más feliz que nadie.



* * *

- ¿Y yo no le regalé nada? —preguntó Christopher Robin muy triste.
—Claro que sí —le dije—. Le llevaste... ¿ya no te acuerdas de lo que le llevaste?
—Una caja de pinturas para pintar cosas.

CAPÍTULO VII

En el cual Kanga y Baby Ruh llegan al Bosque y Porque te toma un baño



adié sabía de dónde habían venido, pero allí estaban Kanga y Baby Ruh. Cuando Puh le preguntó a Christopher Robin: “¿Cómo han llegado aquí?”, Christopher Robin dijo: “Como de costumbre, tú ya me entiendes, Puh”, y Puh, que no le entendía, dijo: “¡Oh! —luego asintió dos veces con la cabeza y dijo—: Como de costumbre. ¡Ah!”.

Después se fue a visitar a su amigo Porque te para ver qué es lo que él opinaba. En casa de Porque te estaba Conejo. Así que lo discutieron entre todos.

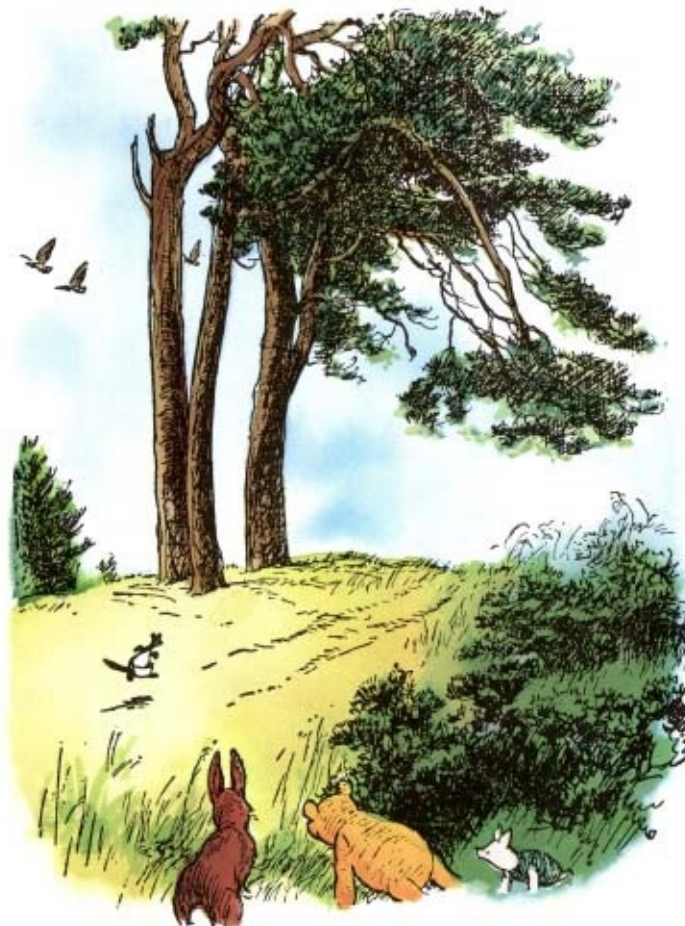
—Lo que a mí no me gusta es —dijo Conejo— que aquí estábamos estupendamente Puh, Porque te y yo, y ahora...

—Y Íyoo —dijo Puh.

—Y Íyoo... y ahora...

—Y Búho —dijo Puh.

—Y Búho... y ahora...



—Oh, y también Íyoo —dijo Puh—. Me olvidaba de él.

—*A-quí es-tá-ba-mos* —dijo Conejo muy despacio—, todos nosotros, y ahora resulta que una mañana nos despertamos, y ¿qué encontramos? Encontramos un Animal Extraño entre nosotros. Un animal del que ni siquiera habíamos oído hablar nunca. Un animal que lleva a su familia metida en un bolsillo. Supongamos que yo llevara a *mi* familia metida en un bolsillo: ¿cuántos bolsillos necesitaría?

—Dieciséis —dijo Porque.

—Diecisiete, ¿verdad? —dijo Conejo—. Y otro para el pañuelo, son dieciocho. ¡Dieciocho bolsillos en cada traje!

Se hizo un largo silencio mientras todos pensaban... y entonces Puh, que llevaba varios minutos con el ceño fruncido, dijo:

—Yo creo que son quince.

—¿Qué? —preguntó Conejo.

—Quince.

—Quince, ¿qué?

—Tu familia.

—¿Qué le pasa a mi familia?

Puh se rascó el hocico y dijo que le había parecido que Conejo hablaba de su familia.

—¿Tú crees? —dijo Conejo con desgana.

—Sí, tú has dicho que...

—Déjalo, Puh —dijo Porque con impaciencia—. El problema ahora es: ¿qué vamos a hacer con Kanga?

—Ah, claro —dijo Puh.

—Lo mejor sería —dijo Conejo— robar a Baby Ruh y esconderlo, y cuando Kanga diga “¿Dónde está Baby Ruh?”, nosotros decimos “¡AJÁ!”.

—¡AJÁ! —dijo Puh practicando—. ¡AJÁ! ¡AJÁ! Claro que —añadió—, podríamos decir “¡AJÁ!” incluso sin robar a Baby Ruh.

—Puh —dijo Conejo amablemente—, no tienes ni pizca de cerebro.

—Ya lo sé —dijo Puh humildemente.

—Decimos “¡AJÁ!” para que Kanga sepa que *nosotros* sabemos dónde está Baby Ruh. ¡AJÁ! significa: “Te diremos dónde está Baby Ruh si nos prometes marcharte del Bosque y no volver nunca más”. Ahora no habléis mientras estoy pensando.

Puh se fue a un rincón e intentó decir “¡AJÁ!” en ese sentido. Unas veces le parecía que, efectivamente, significaba lo que había dicho Conejo, y otras veces le parecía que no. «Supongo que es cuestión de práctica», pensó. «A lo mejor Kanga también tiene que practicar para entenderlo».

—Hay una sola cosa... —dijo Porque nervioso—. He estado hablando con Christopher Robin y dice que el Kanga se considera generalmente como uno de los Animales Más Feroces. A mí no me asustan los Animales Feroces Corrientes, pero es bien sabido que, si un Animal Feroz se ve privado de su prole, se vuelve tan feroz

como Dos Animales Feroces. En cuyo caso decir “¡AJÁ!” resulta tal vez *imprudente*.

—Porquete —dijo Conejo sacando un lápiz y chupando la punta—, no tienes agallas.

—Es difícil ser valiente cuando se es un Animal Muy Pequeño.

Conejo, que se había puesto a escribir muy deprisa, le miró y le dijo:



—Gracias a que eres un animal muy pequeño podrás sernos muy útil en esta aventura.

Porquete se quedó tan emocionado ante la idea de ser útil que se le pasó el miedo, y cuando Conejo añadió que los Kangas solo eran Feroces durante los meses de invierno, gozando el resto del año de una Disposición Afectuosa, ya no pudo estar quieto y quería empezar a ser útil cuanto antes.

—¿Y yo, qué? —dijo Puh tristemente—. Me imagino que yo no podré ser útil.

—No te preocupes, Puh —dijo Porquete consolándole—. Otra vez será.

—Sin Puh —dijo Conejo solemnemente, afilando su lápiz—, la aventura sería imposible.

—¡Oh! —dijo Porquete tratando de ocultar su desilusión.

Pero Puh se fue a un rincón diciéndose a sí mismo, lleno de orgullo: “¡Imposible sin Mí!, soy *Esa Clase de Oso*”.

—Ahora escuchad todos —dijo Conejo cuando acabó de escribir, y Puh y Porquete le miraban muy serios con la boca abierta. Esto es lo que leyó Conejo:

PLAN PARA CAPTURAR A BABY RUH

1. OBSERVACIONES GENERALES. Kanga corre más que cualquiera de Nosotros, incluido Yo.
2. MÁS OBSERVACIONES GENERALES. Kanga nunca pierde de vista a Baby Ruh excepto cuando lo lleva guardado en el bolsillo.
3. POR LO TANTO. Si vamos a capturar a Baby Ruh, tenemos que salir con mucha ventaja, porque Kanga corre más que cualquiera de Nosotros, incluido Yo. (*Ver 1*).
4. UNA CONSIDERACIÓN. Si Ruh sale del bolsillo de Kanga y Porquete se mete en su lugar, Kanga no se dará cuenta, ya que Porquete es un Animal Muy Pequeño.
5. Como Ruh.
6. Pero Kanga tendría que estar distraída mirando a otra parte para no ver cómo

Porquete se mete en su bolsillo.

7. Ver 2.
8. OTRA CONSIDERACIÓN. Si Puh estuviera hablándole muy deprisa, Kanga tal vez miraría a otra parte.
9. Y entonces yo podría llevarme a Ruh.
10. Corriendo.
11. Y Kanga no descubriría el Cambiazo hasta Después.



Conejo leyó esto en voz alta, muy orgulloso, y durante un rato nadie dijo nada. Después Porquete, que había estado abriendo y cerrando la boca sin emitir sonido, consiguió preguntar con voz ronca:

—¿Y... luego?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando Kanga *descubra* el Cambiazo.

—Entonces decimos “¡AJÁ!”.

—¿Lo decimos los tres?

—Sí, claro.

—¡Oh!

—¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Nada —dijo Porquete—, siempre que lo digamos *los tres*. Si lo decimos los tres, no me importa. Pero no pienso decir “¡AJÁ!” yo solo. No sería lo mismo. Por cierto —añadió—, ¿estás *seguro* de lo que dijiste respecto de los meses de Invierno?

—¿Los meses de Invierno?

—Sí, eso de que solo es Feroz durante los meses de Invierno.

—Ah, sí, sí; completamente seguro. Bueno, Puh, ¿has comprendido lo que tienes que hacer?

—No —dijo Puh—, ¿qué tengo que hacer?

—Bien; solo tienes que hablarle muy deprisa a Kanga para que se distraiga y no vea lo que hacemos.

—¿Y de qué le hablo?

—De lo que quieras.

—¿Puedo recitarle una poesía?

—¡Claro! ¡Excelente idea! Venga, vamos.

Así que los tres se fueron a buscar a Kanga.

Kanga y Ruh estaban pasando una tarde apacible en un banco de arena en el Bosque. Baby Ruh hacía prácticas de salto en la arena, colándose por los agujeros y volviendo a salir, y Kanga le vigilaba nerviosa, diciendo: “Solo un salto más y nos vamos a casa, que es tarde”.

Y en ese momento llegó Puh.



—Buenas tardes, Kanga.

—Buenas tardes, Puh.

—¡Mira cómo salto! —gritó Ruh, cayéndose en un agujero.

—¡Hola, Ruh; hola, pequeñajo!

—Ya nos íbamos a casa —dijo Kanga—. Buenas tardes, Conejo. Buenas tardes, Porque.

Conejo y Porque, que se habían acercado desde el otro lado de la colina, dijeron “Buenas tardes” y “Hola Ruh”, y Ruh les dijo que miraran cómo saltaba, así que se quedaron a mirar.

Y Kanga también miraba...

—Kanga —dijo Puh cuando Conejo le guiñó un ojo por segunda vez—, no sé si te gusta la poesía.

—No mucho —dijo Kanga.

—¡Oh! —dijo Puh.

—Ruh, solo un salto más y nos vamos a casa, que es tarde.

Se hizo un silencio y Ruh se cayó en otro agujero.

—Tú sigue —dijo Conejo susurrando detrás de su zarpa.

—Hablando de poesía —dijo Puh—, he compuesto una mientras venía para acá. Verás cómo empezaba...

—¡Vaya! —dijo Kanga—. Bueno, Ruh, ya es hora...

—Te gustará esta poesía —dijo Conejo.

—Te gustará muchísimo —dijo Porque.

—Escucha con atención —dijo Conejo.

—Para que no se te escape nada —dijo Porque.

—Claro, claro —dijo Kanga, pero seguía mirando a Baby Ruh.

—¿Cómo era, Puh? —preguntó Conejo.

Puh tosió levemente y comenzó:

POEMA ESCRITO POR UN OSO DE POCO CEREBRO

Los lunes, cuando el Sol calienta,
hay una cosa que me revienta;
que no termino de saber bien
si quién es cuál o cuál es quién.

Los martes, si además es trece,
en mí la duda crece y crece;
y me persigue como la peste
si este es aquel o aquel es este.

Los miércoles aún es peor,
y es ese un día de terror,
por la pregunta que yo rehúyo:
si cuyo es cual o cual es cuyo.

Los jueves me voy animando,
pues la semana se está acabando.
Pero no sé, ni bien ni mal,
si tal es este o este es tal.

Los viernes...

—Claro, claro —dijo Kanga sin esperar a oír lo que pasaba los viernes—. Un salto más, Ruh, y definitivamente nos vamos a casa, que es tardísimo.

Conejo dio un codazo a Puh.

—Hablando de poesía —dijo Puh rápidamente—, ¿te has fijado en ese árbol de ahí?

—¿Dónde? —dijo Kanga—. Venga, Ruh...

—Ahí, detrás de ti —dijo Puh señalando con la pata.

—No —dijo Kanga—. Venga, Ruh, salta al bolsillo, que nos vamos.



—Deberías mirar a ese árbol —dijo Conejo—. ¿Te ayudo a subir, Ruh? —Y

levantó a Ruh del suelo.

—Desde aquí se ve un pájaro en el árbol —dijo Puh—. ¿O es un pez?

—No es un pez, es un pájaro —dijo Porquete.

—¿Es un mirlo o un estornino? —preguntó Puh.

—Esa es la cosa —dijo Conejo—. ¿Es un estornino o un mirlo?

Por fin Kanga volvió la cabeza para mirar, y en ese momento Conejo dijo en voz alta: “Adentro Ruh”, y Porquete se metió en el bolsillo de Kanga mientras Conejo salía corriendo con Ruh entre sus patas.

—¿Adónde va Conejo? —preguntó Kanga volviéndose—. ¿Estás bien, Ruh?

Porquete dio un gritito, tipo Ruh, desde el fondo del bolsillo de Kanga.

—Conejo tenía prisa —dijo Puh—. Me parece que se ha acordado de algo de repente.

—¿Y Porquete?

—Me parece que también Porque se ha acordado de algo de repente.

—Bueno, pues nosotros también nos vamos —dijo Kanga—. Adiós, Puh —y se alejó dando tres saltos enormes.

Puh le miraba alejarse.

—Me encantaría poder saltar así —pensó—. Unos pueden y otros no. Y no hay que darle más vueltas.



Sin embargo, Porquete hubiera preferido que Kanga saltara un poco menos. Algunas veces, paseando por el Bosque, había pensado que le gustaría ser pájaro, pero ahora no podía por menos de opinar que

si esto es no que creo me guste absoluto
volar, en ¡Ay!

Y, según iba subiendo por el aire, decía “¡Ayyy!”, y cuando bajaba decía “¡Ooooh!”. Y se pasó diciendo “¡Ay!” y “¡Oh!” todo el camino hasta casa de Kanga.

Naturalmente, en cuanto Kanga abrió el bolsillo, vio lo que había pasado. Al principio se asustó, pero luego pensó que no debía preocuparse porque Christopher

Robin nunca consentiría que a Ruh le ocurriera nada malo. Así que se dijo: «Si quieren gastarme una broma, ahora van a ver quién se ríe más».

—Bueno, Ruh —dijo sacando a Porque te del bolsillo—. Ahora a la cama.

—¡AJÁ! —dijo Porque te lo mejor que pudo después de su Terrible Viaje.

No fue un ¡AJÁ! demasiado bueno y Kanga no pareció enterarse.

—Primero un buen baño —dijo Kanga de buen humor.

—¡AJÁ! —dijo Porque te otra vez, mirando a su alrededor a ver si estaban los otros. Pero los otros no estaban. Conejo estaba jugando con Baby Ruh en su casa y se le caía la baba.



Puh, mientras tanto, había decidido convertirse en Kanga y estaba todavía en el banco de arena haciendo prácticas de salto.



—No sé por qué me parece —dijo Kanga con voz pensativa—, que hoy te convendría un baño *frío*, Ruh.

Porque te, que nunca había sido aficionado a bañarse, se echó a temblar de miedo e indignación.

—Kanga, me parece que ha llegado el momento de hablar claro.

—¡Qué gracioso, Ruh! —dijo Kanga preparando el agua para el baño.

—¡No soy Ruh! —gritó Porque te—, ¡soy Porque te!

—Claro, claro, querido —dijo Kanga sin inmutarse—, y qué bien imitas la voz de Porque te. ¡Qué hijo más listo tengo! —y sacó un enorme jabón del aparador—. Hay que ver qué ocurrencias.

—¿Pero es que no ves? —gritó Porque te—. ¿Es que no tienes ojos? ¡Mírame!

—Te estoy mirando, Ruh, querido —dijo Kanga con severidad—, y ya sabes lo que te dije ayer de poner caras. Si sigues poniendo cara de Porque te acabarás pareciéndote a Porque te, y verás qué poca gracia te hace. Venga, métete en el baño, y no hables tanto.

Cuando quiso darse cuenta, Porque se encontró en el baño mientras Kanga le frotaba con una gran esponja.

—¡Ay! —gritó Porque—. ¡Déjame en paz, soy Porque!



—No abras la boca o te entrará jabón —dijo Kanga—. ¿Ves?, ya te lo advertí.

—Lo has hecho aposta —rugió Porque escupiendo jabón, y se volvió a encontrar con la esponja en la boca.

—Está bien, querido, no digas nada —dijo Kanga, y un minuto después, Porque estaba fuera del baño, bien envuelto en una toalla.

—Ahora, la medicina y a la cama —dijo Kanga.

—¿Qué me... medicina?

—Para hacerte grande y fuerte. No querrás quedarte débil y canijo como Porque, ¿verdad?; pues eso.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Kanga, y entró Christopher Robin.

—¡Christopher Robin! ¡Christopher Robin! —gritó Porque—. Dile a Kanga quién soy. Ella insiste en que soy Ruh, ¡pero no soy Ruh!, ¿verdad que no soy Ruh?



Christopher Robin le miró con detenimiento y dijo:

—No puedes ser Ruh porque acabo de verle jugando en casa de Conejo.

—Vaya —dijo Kanga—. ¿Cómo he podido cometer semejante error?

—¿Lo ves? —dijo Porque—. Ya te lo dije, yo soy Porque.

Christopher Robin sacudió la cabeza.

—No puedes ser Porque. Conozco bien a Porque y es de otro color.

Porquete empezó a decir que eso era porque se acababa de bañar, y luego pensó que mejor no decir eso. Y justo cuando abría la boca para decir otra cosa, Kanga le metió la cuchara con la medicina y le dio unos golpecitos en la cabeza, asegurándole que el gusto no era tan malo cuando uno se acostumbra.

—Ya sabía yo que no era Porquete —dijo Kanga—. Lo que no sé es quién puede ser.

—A lo mejor es un pariente de Puh —dijo Christopher Robin—. Un sobrino o un primo o algo.

Kanga admitió que esa era posiblemente la respuesta y dijo que habría que buscarle un nombre.

—Le llamaremos Puhtel, Enrique Puhtel para abreviar.

Y justo cuando estaba decidido, Enrique Puhtel consiguió liberarse de los brazos de Kanga y saltó al suelo. Christopher Robin se había dejado la puerta abierta. Nunca en su vida había corrido tanto Enrique Puhtel Porquete, y no paró hasta llegar cerca de su casa. Pero en los últimos cien metros dejó de correr y rodó por el barro con el fin de recuperar su color habitual, tan cómodo y agradable...



Así que Kanga y Ruh se quedaron en el Bosque y todos los martes Ruh pasaba el día con su gran amigo Conejo, y todos los martes Kanga pasaba el día con su gran amigo Puh, enseñándole a saltar, y todos los martes Porquete pasaba el día con su gran amigo Christopher Robin y todos eran felices.

CAPÍTULO VIII

En el cual Christopher Robin dirige una Expedición al Polo Norte



na mañana de sol, Puh se acercó al extremo del Bosque para averiguar si su amigo Christopher Robin estaba o no interesado en los Osos en general. Durante el desayuno (una comida ligera a base de mermelada y miel) se le había ocurrido una canción nueva.

Empezaba así:

Sí, sí, cantemos a los Osos.

Al llegar aquí se rascó la cabeza y pensó: «Este es un buen principio para una canción, pero ¿cómo sigo?». Intentó cantar “Sí, sí” varias veces, pero no le sirvió de nada. «Quizá sería mejor —pensó—, si canto “Ye, ye, cantemos a los Osos...”», pero no era mejor.

—Está bien —dijo—, cantaré el primer verso dos veces, muy deprisa, a ver si el tercero y cuarto salen solos antes de que me dé tiempo a pensarlo. Así a lo mejor consigo una buena canción. Vamos allá:

Sí, sí, cantemos a los Osos.
Lo creas o no, son maravillosos.
Que llueva o que nieve, a mí me da igual.
Pues tengo las orejas envueltas en un chal.
Que nieve o deshiele a mí me da lo mismo.
Porque nunca he pensado en ir a hacer turismo.
Sí, sí, cantemos a los Osos.
Sí, sí, a Winny hay que cantar.
Antes de que se vaya a casa a merendar.

Estaba tan contento con su canción que fue cantándola durante todo el camino.

—Si sigo mucho tiempo —dijo—, será la hora de la merienda y el último verso ya no será verdad.

Christopher Robin estaba sentado a la puerta de su casa calzándose unas grandes botas. En cuanto vio las grandes botas, Puh comprendió que una aventura estaba a punto de empezar. Se limpió la miel del hocico con el dorso de la pata y puso cara de estar dispuesto a todo.

—¡Buenos días, Christopher Robin! —exclamó.

—¡Hola, Oso Puh! No consigo meterme esta bota.

—Eso es una faena —dijo Puh.

—¿Te importaría apoyarte contra mí?, porque cada vez que estiro fuerte me caigo para atrás.

Puh se sentó, hincó los talones en la tierra y se apoyó con todas sus fuerzas en la espalda de Christopher Robin, Christopher Robin se apoyó con todas sus fuerzas en la espalda de Puh y tiró y tiró hasta que consiguió meterse la bota.



—Bueno, esto ya está —dijo Puh—, ¿y ahora qué hacemos?

—Nos vamos todos a hacer una Expedición —dijo Christopher Robin poniéndose en pie y sacudiéndose los pantalones—. Gracias, Puh.

—¿Una Expodición? —dijo Puh con entusiasmo—. Me parece que nunca he estado en una de esas. ¿Dónde vamos a hacer la Expodición?

—Expedición, tonto, más que tonto, ¿no ves que tiene una “x”?

—Ah, claro —dijo Puh, que no entendió nada.

—Vamos a descubrir el Polo Norte.

—¡Ah! —dijo Puh otra vez—. ¿Qué es el Polo Norte?

—Es una cosa que se descubre —dijo Christopher Robin sin mucha convicción.

—Ya veo —dijo Puh—. ¿Sabes si los Osos somos buenos descubriendo esa cosa?

—Naturalmente que lo sois. Y Conejo, y Kanga, y todos. Es una Expedición. Eso es lo que significa Expedición: una fila larga con todo el mundo. Vete diciéndoselo a los demás mientras yo reviso bien mi escopeta. Ah, y tenemos que llevar Provisiones.

—¿Llevar qué?

—Cosas para comer.

—Ah —dijo Puh encantado—. Creí que habías dicho Provisiones. Voy a avisar a los otros. —Y salió corriendo.

Al primero que encontró fue a Conejo.



—Hola, Conejo —dijo—. ¿Eres tú?

—Supongamos que no lo soy —dijo Conejo—, y a ver qué pasa.

—Tengo un recado para ti.

—Yo se lo daré.

—Nos vamos todos a una Expedición con Christopher Robin.

—¿Y eso qué es?

—Algo así como un barco, me parece —dijo Puh.

—Ah, ya veo.

—Sí. Y vamos a descubrir un Polo o algo. ¿O tal vez era un Palo? De cualquier forma, lo vamos a descubrir.

—¿Tú crees?

—Sí. Y tenemos que llevar Pro... cosas para comer. Por si queremos comérmolas. Ahora voy a ver a Porquete. Tú se lo dices a Kanga, por favor.

Dejó a Conejo y se fue corriendo a casa de Porquete.



Porquete estaba sentado en el suelo, a la puerta de su casa, soplando un diente de león y preguntándole si sería este año, el año que viene, alguna vez o nunca. Acababa de descubrir que sería nunca y ahora intentaba recordar qué es lo que estaba preguntando y confiaba en que no se tratara de nada especialmente apetecible. En ese momento llegó Puh.

—Ah, Porquete —dijo Puh, muy excitado—, nos vamos todos en una Expedición, nos vamos todos con cosas para comer a descubrir una cosa.

—¿A descubrir una cosa? —preguntó Porquete con inquietud.

—Una cosa.

—¿Una cosa feroz?

—Christopher Robin no dijo nada de feroz; solo dijo que tenía una “x”.

—No es el aequis lo que me preocupa, son los dientes. Pero si Christopher Robin viene con nosotros, no me da ningún miedo.

Poco después ya estaban todos dispuestos en el extremo del Bosque y la Expedición comenzó. Primero iban Christopher Robin y Conejo; luego Porquete y Puh; después Kanga, con Ruh en el bolsillo, y Búho; detrás Íyoo, y al final una larga fila con todos los Amigos y Parientes de Conejo.

—Yo no los avisé —explicó Conejo—, pero han venido. Siempre vienen. Pueden ir a la cola, detrás de Íyoo.

—Lo que yo digo —protestó Íyoo—, es que resulta desagradable. Yo no quería venir en esta Expo... lo que dice Puh; solo he venido por daros gusto. Y aquí estoy; y si me toca ir a la cola de esta Expo... eso, pues que sea de verdad la cola. Pero si,

cada vez que quiero sentarme a descansar un poco, tengo que barrer primero a media docena de Amigos y Parientes de Conejo, entonces lo que yo digo es que esto no es una Expo... lo que sea, ni es nada.



—Creo que Íyoo tiene razón —dijo Búho—. En mi opinión...

—No me interesa ninguna opinión —dijo Íyoo—. Yo estaba dando *mi* opinión. Por mí, podemos ir a descubrir el Polo Norte o dedicarnos a jugar a policías y ladrones. Me da exactamente igual.

Se oyó una voz desde la cabeza de la fila.

—¡En marcha! —gritó Christopher Robin.

—¡En marcha! —gritaron Puh y Porque.

—¡En marcha! —gritó Búho.

—Ya nos vamos —dijo Conejo, y se apresuró a colocarse junto a Christopher Robin, al frente de la Expedición.



—De acuerdo —dijo Íyoo—, nos vamos; pero luego no me echéis a mí la culpa.

De modo que salieron todos en busca del Polo. Mientras andaban, charlaban de esto y lo otro; todos menos Puh, que estaba discurriendo una canción.

—Esta es la primera estrofa —le dijo a Porque, una vez que la hubo terminado de discurrir.

—¿Primera estrofa de qué?

—De mi canción.

—¿Qué canción?

—Esta canción.

—¿Cuál?

—Si me escuchas, te enterarás.

—¿Cómo sabes que no estoy escuchando?

Puh no supo responder a eso, así que empezó a cantar;

Salieron todos juntos en una Expedición
a descubrir el Polo con gran dedicación.
Llevaban por si acaso copiosas Provisiones,
que son lo que se come en las Expediciones.
Iban Robin y Conejo
y luego Porquete y Puh,
y Búho y también Íyoo
y Kanga y hasta Ruh,
seguidos de una fila de Amigos y Parientes
que van tras de Conejo sumisos y obedientes.

—¡Shhh! —dijo Christopher Robin volviéndose hacia Puh—. Estamos llegando a un Lugar Peligroso.

—¡Shh! —dijo Puh volviéndose hacia Porquete.

—¡Shh! —dijo Porquete a Kanga.

—¡Shh! —dijo Kanga a Búho, mientras Ruh se decía “¡Shh!” a sí mismo varias veces.



—¡Shh! —dijo Búho a Íyoo.

—¡Shh! —dijo Íyoo con voz terrible a todos los Amigos y Parientes.

Y “¡Shh!” se dijeron rápidamente los unos a los otros a lo largo de toda la fila hasta que llegaron al último, que era el más pequeño y que se pegó tal susto al ver que toda la Expedición le estaba diciendo “¡Shh!” a él, que metió la cabeza en un agujero y se quedó casi dos días enteros, hasta que pasó el peligro. Luego se fue corriendo a casa y vivió sosegadamente con una tía suya el resto de sus días. Se llamaba Alejandro Escarabajo.



Habían llegado a un arroyo que serpenteaba y saltaba entre rocas. Christopher Robin comprendió inmediatamente lo peligroso que era.

—Es el mejor sitio para una Emboscada —explicó.

—¿Es algo de comer? —preguntó Puh a Porquete en un susurro.

—Mi querido Puh —dijo Búho con tono de superioridad—. ¿No sabes lo que es una Emboscada?

—Búho —dijo Porquete mirándole con gran severidad—, el susurro de Puh era

absolutamente privado y no tienes por qué...

—Una Emboscada —dijo Búho—, es una especie de Sorpresa.

—Hay cosas de comer que también lo son —dijo Puh.

—Una Emboscada, tal y como yo estaba explicándole a Puh —dijo Porque—, es una especie de Sorpresa.

—Cuando alguien se te echa encima de repente, eso es una Emboscada —dijo Búho.

—Una Emboscada es cuando alguien se te cae encima de repente, Puh —explicó Porque.

Puh, que ahora ya sabía lo que era una Emboscada, les contó cómo un tarro entero de miel se le había caído encima una mañana y cómo había necesitado seis días para chuparse toda la miel de encima y lo que le fastidió tener que desperdiciar la que le cayó en los sitios donde no llegaba para chupar.

—No estaba hablando de *comida* —dijo Búho un poco molesto.

—Yo sí —dijo Puh.

Iban trepando arroyo arriba, con sumo cuidado, saltando de roca en roca, hasta que llegaron a un sitio donde las orillas se ensanchaban, dejando a cada lado del agua un buen trozo de hierba donde poder sentarse a descansar. En ese momento, Christopher Robin gritó:

—¡Alto! —y todos se sentaron y descansaron.

—Me parece —dijo Christopher Robin—, que deberíamos comernos ahora todas las Provisiones y así no tendremos que llevar tanto peso.

—¿Comernos qué? —preguntó Puh.

—Lo que hemos traído —dijo Porque poniéndose a ello.

—Buena idea —dijo Puh haciendo lo mismo.

—¿Tenéis todos comida? —preguntó Christopher Robin con la boca llena.

—Todos menos yo —dijo Íyoo—, como siempre.

Miró a su alrededor con melancolía.

—¿No habrá nadie sentado sobre un cardo, por casualidad?

—Me parece que no —dijo Puh levantándose y mirando bajo su trasero—. ¡Huy, ya lo creo! ¡Ya me parecía a mí!

—Gracias, Puh. Si has terminado ya de utilizarlo... —se acercó donde había estado Puh y se puso a comer.



—No les hace ningún bien, sabes, tener a alguien sentado encima —explicaba

mientras iba masticando—. Les quita frescura. Recordadlo la próxima vez, todos vosotros. Un mínimo de consideración, un mínimo de pensar en los demás. Hace toda la diferencia.

Tan pronto como acabó su almuerzo, Christopher Robin susurró algo al oído de Conejo y este dijo “Sí, sí, claro” y se fueron juntos un poco más allá.

—No quería que oyeran los otros —dijo Christopher Robin.

—Naturalmente —dijo Conejo dándose importancia.

—Verás, me preguntaba; es solo que... Conejo... por casualidad, ¿tú no sabrás qué *aspecto* tiene el Polo Norte?

—Bueno —dijo Conejo atusando sus bigotes—, ahora que me lo preguntas.

—Yo antes lo sabía, pero se me ha olvidado.

—Es curioso —dijo Conejo—, porque a mí también se me ha olvidado, aunque en *algún momento* lo he sabido.

—Supongo que no es más que una especie de palo clavado en el suelo.

—Tiene que ser un palo clavado en algo porque los polos son palos clavados en caramelos helados y, si se llama Polo Norte, será porque está clavado en alguna cosa que se llama Norte, y tiene que estar clavado en el suelo porque es el mejor sitio para clavar palos.

—Eso es lo que yo pensaba.

—Lo único que nos falta saber es *dónde está ese palo* —dijo Conejo.

—Eso es lo que estamos buscando —dijo Christopher Robin.

Volvieron donde estaban los demás. Porqueto, tumbado de espaldas, dormía apaciblemente. Ruh se estaba lavando la cara y las manos en el arroyo, mientras Kanga, llena de orgullo, explicaba que esta era la primera vez que Ruh se lavaba solo y Búho contaba a Kanga una interesante anécdota, llena de palabras larguísimas como “enciclopedia” y “rododendro”, a la cual Kanga no prestaba la más mínima atención.

—No estoy de acuerdo con tanto lavoteo —gruñó Iíyoo—. Estas manías modernas no me parecen recomendables. ¿Tú qué opinas, Puh?

—Bueno, yo... —dijo Puh.

Pero nunca sabremos lo que opinaba Puh porque, de pronto, se oyó un chillido de Ruh, un salpicón y un grito de alarma de Kanga.



—Ya lo decía yo —dijo Íyoo—. Eso le pasa por lavarse.

—¡Ruh se ha caído al agua! —gritó Conejo. Y Christopher se acercó corriendo para rescatarle.

—¡Mirad cómo nado! —chillaba Ruh desde el centro del arroyo mientras el agua le llevaba río abajo.

—¿Estás bien, hijo? —preguntaba Kanga llena de inquietud.

—Sí. ¡Mira cómo na...! —y una cascada lo mandó varios metros más abajo.

Todo el mundo trataba de ayudar. Porque, totalmente despierto ya, saltaba una y otra vez diciendo “¡Vaya por Dios!” y “¡Ay mi madre!”; Búho explicaba que, en un caso de Inmersión Repentina y Temporal, lo importante es mantener la cabeza por encima del nivel del agua; Kanga saltaba a lo largo de la orilla preguntando: “¿Estás seguro de que estás bien?”, a lo que Ruh respondía: “¡Mira cómo nado!”; Íyoo se había vuelto de espaldas justo en el sitio donde Ruh había caído al agua en un principio y, dejando su rabo en la corriente, seguía refunfuñando para su colete y diciendo:

—Tanto lavarse y mira lo que pasa, pero agárrate a mi rabo y te sacaré de ahí.

Christopher Robin y Conejo pasaron corriendo por delante de Íyoo y se dirigieron río abajo a donde estaban los demás.

—¡Tranquilo, Ruh, ya vengo! —gritó Christopher Robin.

—¡Chicos, hay que poner algo cruzado de lado a lado del arroyo, más abajo! —gritó Conejo.

Pero Puh ya tenía la solución. Por debajo de donde flotaba Ruh cruzó un palo larguísimo hasta la otra orilla, donde Kanga tomó el otro extremo, y entre los dos lo sujetaron a la altura del agua; Ruh, que bajaba chillando “¡Mira cómo nado!”, se topó finalmente con el palo, se agarró y salió enseguida.



—¿Habéis visto cómo nadaba? —repetía Ruh, mientras Kanga le frotaba bien y le echaba una bronca—. Puh, ¿has visto cómo sé nadar? Eso se llama nadar, lo que yo hacía. Conejo, ¿has visto lo que hacía? Nadar. Hola. Porque, ¿sabes lo que he estado haciendo? Nadando. Christopher Robin, ¿has visto...?

Pero Christopher Robin no le escuchaba, estaba mirando a Puh.

—Puh, ¿dónde has encontrado ese palo?

Puh miró el palo que tenía entre las zarpas.

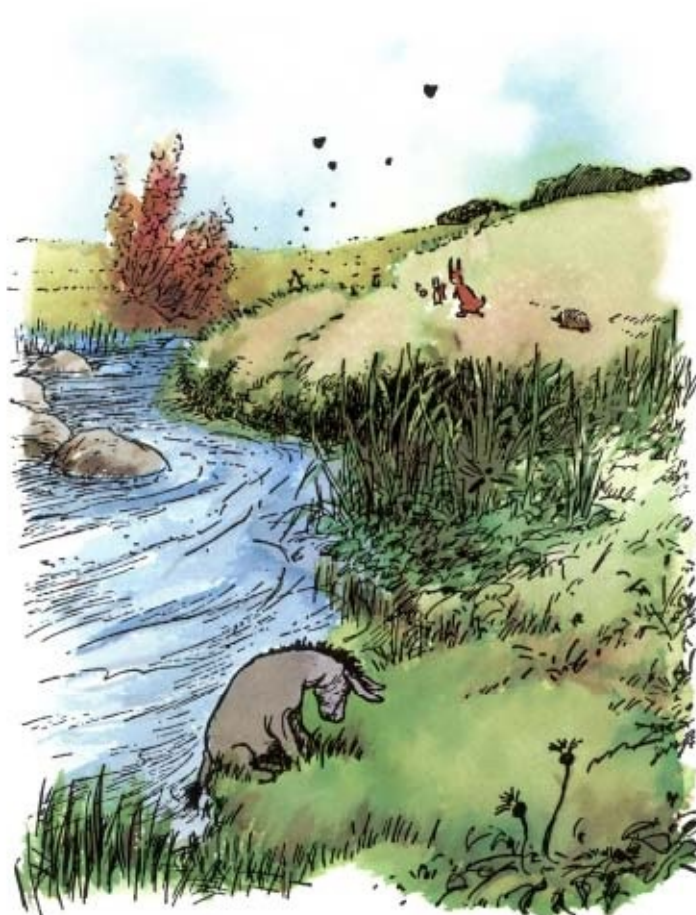
—Por ahí —dijo—. Pensé que sería útil; por eso lo recogí.

—Puh —dijo Christopher Robin con solemnidad—, la Expedición ha terminado. ¡Has encontrado el Polo Norte!

—¡Oh! —dijo Puh.

Íyoo seguía sentado con el rabo dentro del agua cuando los demás volvieron junto a él.

—Que alguien le diga a Ruh que se dé prisa —dijo—; se me está enfriando el rabo. No quería decirlo, pero lo digo. No quería quejarme, pero se me está enfriando muchísimo el rabo.



—¡Aquí estoy! —dijo Ruh.

—¡Ah, estás ahí!

—¿Me viste nadar?

Íyoo sacó el rabo del agua y lo sacudió de lado a lado.

—Tal como esperaba —dijo—. Se ha quedado insensible. Bueno, dado que a nadie le importa, supongo que es igual.

—Pobre Íyoo. Déjame que lo seque —dijo Christopher Robin sacando su pañuelo del bolsillo.

—Gracias, Christopher Robin. Tú eres el único que parece entender de rabos. Ellos no piensan. Eso es lo que les pasa. No tienen imaginación. Para ellos un rabo no es un rabo, sino un Pedazo Extra en la espalda.

—No te preocupes, Íyoo —dijo Christopher Robin frotando fuerte—. ¿Está mejor ahora?

—Vuelve a parecerse a un rabo. Vuelvo a *notarlo*; no sé si me entiendes.

—Hola, Ííyoo —dijo Puh, que llegaba con su palo.

—Hola, Puh. Gracias por interesarte. Supongo que podré volver a usarlo dentro de un par de días.

—¿Usar qué?

—Lo que estamos hablando.

—Yo no estaba hablando de nada —dijo Puh desconcertado.

—Perdón, creí que estabas diciendo lo mucho que sentías que mi rabo se hubiera quedado insensible y que si podías ayudar en algo.

—No —dijo Puh—, no era yo. —Se quedó un momento pensativo y sugirió—: Quizá era otra persona.

—Bueno, dale las gracias de mi parte cuando la veas. —Puh se quedó mirando a Christopher Robin.

—Puh ha encontrado el Polo Norte —dijo Christopher Robin—. ¿No es estupendo?

Puh miró al suelo con modestia.

—¿Es eso? —preguntó Ííyoo.

—Sí —dijo Christopher Robin.

—¿Es eso lo que buscábamos?

—Sí —dijo Puh.

—¡Oh! —dijo Ííyoo—. Bueno, por lo menos no ha llovido.

Clavaron el palo en el suelo y Christopher Robin le colgó un letrero que decía:

PoLO NorTE
DiscoVIERTO Por PUh
PUh Lo ENCUENTRÓ

Después se fueron todos a casa y, me parece, pero no estoy seguro, que Ruh tomó un baño caliente y se fue derecho a la cama. Pero Puh, que se sentía muy orgulloso de su hazaña, se puso a comer para recuperar energías.



CAPÍTULO IX

En el cual Porque se encuentra totalmente rodeado por las aguas



lovía y llovía y llovía. Porque se pensó que nunca, en toda su vida — y mira que era viejo; como mínimo tenía ya tres o cuatro años—, nunca había visto tanta lluvia. Días y días y días.

—Si, por lo menos —se dijo, mirando por la ventana—, hubiera estado en casa de Puh, o en casa de Christopher Robin, o en casa de Conejo, cuando empezó a llover, habría tenido compañía todo este tiempo, en vez de estar aquí solo, sin nada que hacer más que mirar por la ventana a ver si escampa. —Y se imaginó cómo sería la conversación si ahora estuviera con Puh; por ejemplo, él diría: “¿Habías visto en tu vida semejante manera de llover, Puh?” y Puh le respondería: “¡Es horrible, Porque!” y él le diría: “¿Cómo crees que lo estará pasando Christopher Robin?”, y Puh le contestaría: “Lo que me preocupa es que el pobre Conejo debe de estar totalmente inundado a estas horas”. Hubiera sido estupendo poder hablar así y, la verdad, no veía la ventaja de que hubiera cosas emocionantes, como inundaciones, si uno no podía compartirlas con nadie.

Porque había que reconocer que era emocionante. Las pequeñas zanjas donde Porque había retozado tantas veces se habían convertido en arroyos, y los arroyos en ríos, y el mismo río se había salido ya de su cauce y cada vez ocupaba más sitio y Porque se preguntaba si no acabaría por llegar hasta su casa.



—Es un poco preocupante —se dijo—, ser un Animal Muy Pequeño Totalmente Rodeado por las Aguas. Christopher Robin y Puh podrían escapar trepando a un árbol, y Kanga saltando, y Conejo cavando un túnel, y Búho volando. Incluso Íyoo conseguiría hacer un ruido horrible hasta que alguien viniera a rescatarle. Pero yo no puedo hacer nada.

Siguió lloviendo y cada día el agua llegaba un poco más arriba y ahora ya llegaba casi a la altura de la ventana y Porqueete seguía sin saber qué hacer.

—Fíjate en Puh —se decía—. Puh no tiene mucho cerebro, pero nunca le pasa nada malo. Hace tonterías que luego le salen bien. Fíjate en Búho. Búho tampoco tiene cerebro, pero sabe cosas. Seguro que sabría lo que hay que hacer cuando Uno Está Rodeado por las Aguas. Y Conejo. No ha leído libros, pero siempre se le ocurre algún plan ingenioso. Y Kanga. No es muy inteligente que digamos, pero estaría tan preocupada por Ruh que encontraría una solución sin tener siquiera que discurrir. En cuanto a Íyoo... Bueno, Íyoo es tan desgraciado de todas formas, que le da lo mismo. Me pregunto qué es lo que haría Christopher Robin en mi caso.

Entonces recordó una historia que le había contado Christopher Robin, acerca de un hombre en una isla desierta, que había escrito algo en una botella y la había tirado al mar, y Porqueete pensó que, si escribía algo en una botella y la tiraba al agua, a lo mejor alguien venía a rescatarle.

Se apartó de la ventana y empezó a buscar por toda la parte de la casa que aún quedaba sin inundar. Por fin encontró un lápiz, un pedazo de papel seco y una botella con corcho.

En un lado del papel escribió:

¡SOCORRO!
PORQUETE (YO)

Y en el otro lado:

¡SOY YO, PORQUETE, SOCORRO!

Luego metió el papel en la botella y ajustó bien el corcho. Se acercó a la ventana lo más que pudo sin caerse y lanzó la botella tan lejos como pudo (*¡plas!*) y la vio flotar al cabo de un ratito; se quedó mirando cómo flotaba, alejándose con la corriente, hasta que le dolieron los ojos; a veces le parecía que era la botella lo que veía a lo lejos y a veces pensaba que solo era una olita. Luego comprendió que ya no la vería por mucho que mirara y que había hecho todo lo posible por salvarse y que ya no podría hacer nada más.



—Así que ahora —pensó— alguien tendrá que hacer algo, y espero que sea pronto porque si no tendré que nadar, y no sé, así que será mejor que alguien haga algo pronto.

Suspiró profundamente y dijo:

—Ojalá Puh estuviera aquí. Es mucho mejor entre dos.



Cuando empezó la lluvia Puh estaba durmiendo. Llovió y llovió y llovió, y él durmió y durmió y durmió. Estaba cansadísimo. Ya recordáis cómo había descubierto el Polo Norte; bueno, pues estaba tan orgulloso de su hazaña que fue a preguntar a Christopher Robin si había otros Polos que un Oso de Poco Cerebro pudiera descubrir.

—Hay un Polo Sur —dijo Christopher Robin—, y supongo que tiene que haber un Polo Este y un Polo Oeste, aunque nadie habla de ellos.

Puh se puso muy nervioso con esta noticia y sugirió que se organizara una Expedición para descubrir el Polo Este, pero Christopher Robin tenía unas cosas que hacer con Kanga, y Puh se tuvo que ir solo a descubrir el Polo Este. No recuerdo si al final lo descubrió o no, pero estaba tan cansado cuando llegó a casa que se quedó dormido en la silla mientras cenaba. Y durmió y durmió y durmió.

De repente, se puso a soñar. Estaba en el Polo Este y hacía un frío terrible; el Polo estaba cubierto por la nieve y el hielo más fríos del mundo. Había encontrado una colmena para guarecerse, pero no le cabían las patas, así que las tenía a la intemperie. Y una bandada de Frusbos Salvajes, típicos del Polo Este, le picoteaban las piernas, tratando de hacer nidos entre su pelambre. Y cuanto más picoteaban, más frío le entraba en las patas. De pronto se despertó sobresaltado y se encontró sentado en la silla con los pies en el agua y su casa inundada.

Chapoteó hasta la puerta y miró afuera...

—Esto es grave —dijo Puh—. Tengo que pensar en organizar un Rescate.

Así que cogió el tarro más grande de miel y lo rescató llevándolo a la rama más alta del árbol. Luego bajó de nuevo y rescató otro tarro... y cuando el Rescate llegó a su fin, Puh se encontró sentado en su rama, con los pies colgando, y diez tarros de miel, en fila, junto a él.



Dos días más tarde Puh seguía sentado en su rama, con los pies colgando, y cuatro tarros de miel, en fila, junto a él.

Tres días más tarde, Puh seguía sentado en su rama, con los pies colgando, y un solo tarro de miel.

Cuatro días más tarde Puh seguía sentado...

Y fue en la mañana del cuarto día cuando vio flotar ante sus narices la botella de Porque y, al grito de “¡MIEL!”, Puh se tiró al agua, agarró la botella y volvió a subir al árbol.



—¡Porras! —dijo Puh cuando quitó el corcho—. Me he mojado para nada. ¿Qué será este papel?

Lo sacó y lo contempló con detenimiento.

—¡Es un Minsaje! —se dijo—. Eso es lo que es. Y esta letra es una “P” y esta otra también, y “P” significa “Puh”, así que es un Minsaje muy importante para mí y no puedo leerlo. Tengo que buscar a Christopher Robin, o a Búho, o a Porque; cualquiera de ellos lee estupendamente y puede decirme lo que significa este Minsaje. Pero no sé nadar. ¡Porras!

Entonces tuvo una idea, y a mí me parece que, para un Oso de Poco Cerebro, era una buena idea. Pensó... «Si un botella flota, un tarro también flotará. Y si un tarro flota, yo puedo sentarme encima, si el tarro es suficientemente grande».

Así que cogió el tarro más grande de todos y le puso el corcho.



—Todos los botes tienen un nombre —dijo—; el mío se llamará *El Oso Flotante*.
—Y con estas palabras lanzó al agua su bote y saltó detrás.



Durante un cierto tiempo Puh y *El Oso Flotante* tuvieron sus dudas acerca de cuál tenía que ir encima y cuál debajo de cuál; después de intentar varias posibilidades, quedó decidido que *El Oso Flotante* iría debajo con Puh sentado encima, a caballo, remando con los pies.



* * *

Christopher Robin vivía en lo más alto del Bosque. Llovía y llovía y llovía, pero el agua nunca podría inundar su casa. Le divertía mirar abajo, al valle, y ver todo el campo cubierto de agua; pero llovía tan fuerte que se pasaba la mayor parte del tiempo dentro de casa pensando en sus cosas. Todas las mañanas salía con el paraguas y clavaba un palito en el borde donde llegaba el agua y a la mañana siguiente ya no podía ver el palito y entonces colocaba otro, otra vez en el borde donde llegaba el agua, y se volvía andando a casa; y cada mañana le quedaba menos para andar desde su casa hasta donde tenía que clavar el palito. En la mañana del quinto día vio que estaba totalmente rodeado de agua y pensó que, por primera vez en su vida, estaba en una isla de verdad. Aquello le pareció muy emocionante.



Fue esa mañana cuando Búho llegó, volando por encima del agua, a dar los buenos días a su amigo Christopher Robin.

—Fíjate, Búho —dijo Christopher Robin—. ¡Estoy en una isla!

—Las condiciones atmosféricas han sido desfavorables últimamente —dijo Búho.

—¿Las qué?

—Ha estado lloviendo —explicó Búho.

—Sí —dijo Christopher Robin—, y mucho.

—El nivel de anegación ha alcanzado cotas sin precedentes.

—¿El quién?

—Hay mucha agua por todas partes —explicó Búho.

—Sí —dijo Christopher Robin—, mucha.

—Sin embargo, las perspectivas van mejorando paulatinamente. En cualquier momento...

—¿Has visto a Puh?

—No. En cualquier momento...

—Espero que esté bien —dijo Christopher Robin—. He estado preocupado. Confío en que Porque te estará con él. ¿Crees que estará bien?

—Supongo que sí. Verás, en cualquier momento...

—Por favor, vete a ver, Búho. Puh no tiene mucho cerebro y puede hacer cualquier tontería, y yo le quiero tanto... ¿Comprendes, Búho?

—Está bien —dijo Búho—. Ahora vuelvo. Volvió enseguida.



—Puh no está —dijo.

—¿No está?

—Ha estado. Ha estado sentado en una rama de su árbol, junto a su casa, con nueve tarros de miel. Pero ya no está.

—¡Oh, Puh! —gimió Christopher Robin—. ¿Dónde te has metido?

—¡Aquí estoy! —dijo una voz conocida, tras él.



—¡Puh!

Corrieron a abrazarse.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Puh? —preguntó Christopher Robin cuando recuperó la voz.

—En mi bote —dijo Puh lleno de orgullo—. Recibí un Minsaje importante en una botella y como no podía leerlo, porque se me había metido agua en los ojos, decidí traerlo en mi bote.

Y con estas palabras entregó el mensaje a Christopher Robin.

—Pero, ¿si es de Porqueite! —dijo Christopher Robin después de leerlo.

—¿No dice nada de Puh ahí? —preguntó el Oso mirando por encima del hombro. Christopher Robin leyó el mensaje en voz alta.

—Así que las “P” son de “Porqueite”, y yo creía que eran de “Puh”.

—Tenemos que rescatarle inmediatamente. Yo creía que estaba contigo, Puh. Búho, ¿podrías traerle volando?

—No creo —dijo Búho después de una grave meditación—. Es dudoso que la fuerza de los músculos dorsales...

—Entonces, vete, por favor, a decirle inmediatamente que ya vamos a rescatarle. Mientras tanto Puh y yo pensaremos algo y llegaremos enseguida. Por favor, Búho, no hables más y vete rápido. —Y Búho echó a volar pensando en algo que decir.

—Bueno, Puh —dijo Christopher Robin—, ¿dónde está tu bote?

—Tengo que decir —explicó Puh mientras se dirigían al borde de la isla—, que no es un bote corriente. Unas veces es un bote y otras es más bien un accidente. Depende mucho.

—¿Depende de qué?

—De que yo esté encima o debajo.

—Ya, bueno. Pero ¿dónde está?

—¡Allí! —dijo Puh señalando a *El Oso Flotante* con orgullo.

No era lo que Christopher Robin había imaginado, y cuanto más lo miraba, más Inteligente y Valeroso le parecía Puh, y, cuanto más pensaba esto Christopher Robin, más modestamente miraba al suelo Puh, haciendo como que no.

—Pero es demasiado pequeño para los dos —dijo Christopher Robin preocupado.

—Tres con Porqueite.

—Aún más difícil. ¡Ay, Puh! ¿Qué vamos a hacer?

Y entonces este Oso, Oso Puh, Winny de Puh, ADP (Amigo de Porqueite), CDC (Compañero de Conejo), DDP (Descubridor del Polo), CDI y BDR (Consolador de Íyoo y Buscador de Rabos), o sea el mismísimo Puh, dijo algo tan inteligente que Christopher Robin se le quedó mirando con la boca abierta y con los ojos como platos, preguntándose si, en verdad, este era el Oso de Poco Cerebro que él creía conocer tan bien.

—Podríamos ir en tu paraguas —dijo Puh.

—¿?

—Podríamos ir en tu paraguas —dijo Puh.

—¿? ¿?

—Podríamos ir en tu paraguas —dijo Puh.

—iii !!!

Porque de pronto, Christopher Robin comprendió que sí podían. Abrió su paraguas y lo puso boca arriba sobre el agua. Flotaba, pero se inclinaba para un lado y para otro. Puh se metió dentro. Empezó a decir que ahora ya iba bien, pero descubrió que no y, después de tragar un poco de agua que no había previsto, volvió junto a Christopher Robin. Entonces se subieron al paraguas los dos a la vez y, por fin, consiguieron que se quedara boca arriba definitivamente.



—Llamaré a este bote *El Cerebro de Puh* —dijo Christopher Robin, y *El Cerebro de Puh* se hizo a la mar, navegando en dirección sudoeste y girando graciosamente sobre sí mismo.

Podéis imaginar la alegría de Porqueite cuando finalmente el navío apareció en su horizonte. Años después le gustaba pensar que había estado en grave peligro durante el terrible diluvio, pero, en realidad, el único peligro que había corrido había sido durante la última media hora, en la que Búho se había sentado en una rama vecina y, para distraerle, le había estado contando una historia muy larga de una tía suya que una vez había puesto un huevo de golondrina por error, y la historia seguía y seguía (igual que este párrafo) hasta que Porqueite, que estaba escuchando asomado a la ventana, se quedó dormido de aburrimiento y, sin darse cuenta, fue escurriéndose hacia afuera hasta que se quedó colgando sobre el agua, enganchado solo por los pies. Afortunadamente, en ese momento le despertó un alarido de Búho que era parte de la historia (lo que había gritado su tía) y pudo sujetarse y volver a entrar en casa diciendo: “Vaya, ¡qué interesante!”. Bueno, pues después de semejante peligro, podéis imaginar su alegría cuando vio el barco *El Cerebro de Puh* (*Capitán: Christopher Robin; Contramaestre: P. Oso*) surcando los mares para rescatarle...



Y como este es el final de la historia y estoy cansadísimo después del último párrafo, será mejor que pare aquí.



CAPÍTULO X

En el cual Christopher Robin da una Puhfiesta y nos despedimos.



Un día, cuando el Sol había vuelto al Bosque trayendo con él el perfume de mayo; cuando todos los arroyos repicaban alegres de volver a su caudal de siempre; cuando los remansos dormían soñando con todas las cosas que habían visto; cuando, en el calor del silencio, el cuco probaba su voz cuidadosamente para ver si le gustaba o no; cuando las palomas torcaces se quejaban perezosamente, echándose no sé qué culpas las unas a las otras; un día tal como este, Christopher Robin lanzó su silbido especial y Búho acudió desde el Bosque de los Cien Acres para ver lo que quería.

—Búho —dijo Christopher Robin—, voy a dar una fiesta.

—¡Ah, sí! —dijo Búho.

—Va a ser una fiesta especial, por lo que hizo Puh, cuando hizo lo que hizo, para salvar a Porque de la inundación.

—Así que es por eso —dijo Búho.



—Sí, díselo a Puh en cuanto puedas y a todos los demás también, porque la fiesta será mañana.

—Así que mañana —dijo Búho tratando de ser tan sutil como de costumbre.

—Sí, de modo que, por favor, cuéntaselo a todos cuanto antes.

Búho trató de pensar en algo muy inteligente que decir, pero no se le ocurría nada, así que salió volando a buscar a los demás. Al primero que se lo dijo fue a Puh.

—Puh —le dijo—, Christopher Robin va a dar una fiesta.

—¡Oh! —dijo Puh, y, viendo que Búho esperaba que le hiciera algún comentario, añadió—: ¿Habrá pastelitos con merengue rosa por encima?

Búho decidió que hablar de pastelitos con merengue rosa por encima ofendía su dignidad, así que le contó a Puh exactamente lo que había dicho Christopher Robin y se fue a buscar a Íyoo.

«¡Una fiesta para mí! —pensó Puh para sus adentros—. ¡Qué estupendo!». Y empezó a preguntarse si todos los demás se enterarían de que la fiesta era para él, y si Christopher Robin les habría contado lo de *El Oso Flotante* y el *Cerebro de Puh*, y todos los fantásticos barcos que él había inventado y en los que había navegado, y empezó a pensar qué horrible sería que todo el mundo se hubiera olvidado ya y nadie supiera por quién era la fiesta. Y, cuanto más lo pensaba, más lío se hacía en su cabeza, como en un sueño en el que no se entiende nada. Y el sueño se convirtió en una especie de canción. Era una



CANCIÓN EXPLICATORIA

¡Tres hurras por Puh!

(¿Por quién?)

Por Puh...

(¿Qué dices que hizo?)

¡Rescatar a Ruh!

¡Viva Winny el Oso,
que salvó al mocosito!

Cantemos la hazaña
de Winny el coloso.

(¿A quién te refieres?)

Me refiero al Oso,
que en un periquete
rescató a Porque.

(¿Puh lo rescató?)
Winny lo salvó.
Puh es un elemento
de enorme talento.
(¿Qué dices que tiene?)
Lo que más conviene,
y aunque creo que
no sabe nadar,
en un cachivache
consiguió flotar.
Así que cantemos
la gloria de Puh.
(¿De Ruh?)
No, de Puh.
El Oso estupendo,
el Oso tremendo.
Puh el Descubridor
del Gran Polo Norte
que está clavado
bien señalizado.
Donde Puh lo halló,
allí lo clavó.
¡Tres hurras por Puh!
(¿Hablas de ese Oso?)
¡Hablo del grandioso!
Sus lances sin par
vuélveme a contar.

Mientras ocurría esto en la mente de Puh, Búho encontró a Íyoo.
—Íyoo —dijo Búho—, Christopher Robin va a dar una fiesta.



—Muy interesante —dijo Íyoo—. Supongo que me mandarán las sobras que caigan debajo de la mesa. Muy amable. De nada. No tiene la menor importancia.



—Hay una invitación para ti.

—¿Qué aspecto tiene?

—¡Una invitación!



—Ya te he oído. ¿A quién se le cayó?

—No es nada de comer. Es para que vayas a la fiesta mañana.

Íyoo movió la cabeza lentamente.

—Te refieres a Porque. El pequeñajo con las orejas tiesas. Ese es Porque. Ya se lo diré.

—No, no —dijo Búho poniéndose nervioso—. Es para ti.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Christopher Robin dijo: “Todos, díselo a todos”.

—¿Todos menos Íyoo?

—Dijo “todos” —repitió Búho de mal humor.

—¡Ah! —dijo Íyoo—. Un error, sin duda; pero iré. Luego no me echéis a mí la culpa si llueve.

Pero no llovió. Christopher Robin había montado una gran mesa, con largos listones de madera, y todos se instalaron alrededor.

Christopher Robin se sentó en una punta y Puh en el otro extremo, y, entre ellos, a un lado estaban Búho, Íyoo y Porque, y al otro lado estaban Conejo, Ruh y Kanga. Todos los Amigos y Parientes de Conejo se desparramaron por la hierba, confiando en que, en algún momento, alguien les dirigiera una palabra, o les echara algo de comer, o les preguntara la hora.

Era la primera fiesta a la que asistía Baby Ruh y estaba muy nervioso. En cuanto estuvieron sentados empezó a chillar.

—¡Hola, Puh! —chillaba.

—¡Hola Ruh! —contestó Puh.

Ruh empezó a dar saltos en la silla y después de saltar un rato volvió a chillar.



—¡Hola, Porquete! —chillaba.

Porquete le saludó con la pata porque tenía la boca llena.

—¡Hola, Íyoo! —dijo Ruh.

Íyoo le saludó con la cabeza.

—Pronto lloverá; verás como sí —dijo.

Ruh miró a ver como sí, pero vio que no, así que dijo:

—¡Hola Búho!

Y Búho respondió amablemente:

—¡Hola, pequeño! —y siguió contándole a Christopher Robin un accidente que casi le sucede a un amigo suyo a quien Christopher Robin no conocía ni de vista, y Kanga le dijo a Ruh: “Primero bébete la leche y luego podrás hablar”. Y Ruh, que estaba bebiéndose la leche, intentó explicar que podía hacer las dos cosas a un tiempo... y hubo de darle golpecitos en la espalda y secarle luego de arriba abajo.

Cuando ya casi habían comido lo suficiente, Christopher Robin dio unos golpes en la mesa con la cuchara y todo el mundo se calló y se quedó quieto menos Ruh, que tenía hipo y no sabía cómo parar.

—Esta fiesta —dijo Christopher Robin—, es una fiesta para celebrar lo que hizo alguien que todos sabemos quién es, y todos sabemos lo que hizo y yo le he traído un regalo que está aquí. —Buscó a su alrededor y murmuró: “¿Dónde está?”.

Mientras Christopher Robin buscaba el regalo, Íyoo tosió gravemente y comenzó a hablar.

—Amigos —dijo—, es un gran placer, o quizá debería decir que, por lo menos hasta ahora, ha sido un gran placer teneros en mi fiesta. Lo que hice no tuvo importancia. Cualquiera de nosotros, excepto Conejo y Búho y Kanga, hubiera hecho lo mismo. ¡Ah, y Puh! Este comentario no es naturalmente aplicable a Porquete ni a Ruh porque son demasiado pequeños. Cualquiera de vosotros hubiera hecho lo mismo. El azar quiso que fuera yo y no otro. Ciertamente no lo hice con el propósito de obtener lo que Christopher Robin está buscando ahora —y, llevándose la pata delantera al hocico, susurró en voz alta: “mira debajo de la mesa”—; lo hice porque creo que todos tenemos que ayudarnos lo más posible. Creo que todos sabemos...

—¡Hip! —Ruh no pudo evitar el hipo.

—¡Ruh, querido! —le reprochó Kanga.

—¿He sido yo? —preguntó Ruh algo sorprendido.

—¿De qué está hablando Íyoo? —murmuró Porquete al oído de Puh.

—No sé —respondió Puh deprimidísimo.

—Yo creía que esta era tu fiesta.

—Yo *también* lo creía, pero ya ves que no.

—Yo preferiría que fuera tu fiesta en vez de la de Íyoo —dijo Porque.

—Y yo —dijo Puh.

—Hip —hizo Ruh de nuevo.

—COMO IBA DICIENDO —dijo Íyoo con voz estentórea—. Como iba diciendo cuando me han interrumpido ruidos diversos, creo que todos debemos...

—¡Aquí está! —exclamó Christopher Robin—. Pasádselo a Puh. Es para Puh.



—¿Es para Puh? —dijo Íyoo.

—Naturalmente, el Mejor Oso del Mundo.

—Tenía que haberlo supuesto —dijo Íyoo—. Después de todo, no sé de qué me quejo. Tengo amigos. Ayer mismo alguien me dirigió la palabra. Y no hace ni una semana que Conejo chocó conmigo y dijo: “¡Canastos!”. Una intensa vida social. Siempre está pasando algo.

Nadie le escuchaba; estaban todos diciendo: “Ábrelo, Puh”, “¿Qué es, Puh?” y “Yo sé lo que es” y “¡No lo sabes!” y otros comentarios igualmente interesantes. Por supuesto, Puh estaba intentando abrir el paquete lo más deprisa posible sin romper la cuerda, porque nunca se sabe cuándo va uno a necesitar un trozo de cuerda. Por fin, lo consiguió.



Cuando Puh vio lo que era, casi se cae de la emoción. Era un estuche de lápices especial. Había lápices de todas clases; había un sacapuntas para sacar punta a todos

los lápices; había una goma para borrar las faltas de ortografía; había una regla para hacer rayas y líneas y poder escribir derecho, y en la regla estaban marcados los centímetros y los milímetros por si alguien quería saber cuánto mide cualquier cosa. También había lápices azules y lápices rojos y lápices verdes, por si alguien quería decir algo especial en rojo o en azul o en verde. Y todas estas cosas venían metidas en pequeños bolsillos, cada una en el suyo, dentro del estuche especial que se cerraba de golpe y hacía “clic”. Y todo, todo, era para Puh.

—Oh —dijo Puh.

—¡Oh, Puh! —dijo todo el mundo menos Íyoo.

—¡Gracias! —susurró roncamente Puh.

Íyoo murmuraba para sí: “Esto de escribir. Lápices y bobadas. No sé qué le ven. Ya no saben qué inventar. Un aburrimiento”.

Más tarde, cuando todos le habían dicho “Adiós” y “Gracias” a Christopher Robin, Puh y Porquete caminaron hacia casa juntos y pensativos en el atardecer dorado, y durante un buen rato guardaron silencio.



—Cuando te despiertas por la mañana, Puh —dijo Porquete—, ¿qué es lo primero que piensas?

—¿Qué hay para desayunar? —dijo Puh—. Y tú, ¿qué es lo primero que piensas?

—Pues yo lo primero que pienso es: ¿qué cosa emocionante pasará *hoy*? —dijo Porquete.

Puh asintió gravemente.

—Es lo mismo —dijo.



—¿Y qué pasó? —preguntó Christopher Robin.

—¿Cuándo?

—A la mañana siguiente.

—No sé.

—¿Podrías enterarte y contárnoslo a Puh y a mí otro día?

—Si tienes mucho interés...

—Puh tiene mucho interés.

Suspiró profundamente, agarró a su Oso por una pata y echó a andar arrastrando tras de sí a Winnie de Puh. Ya en la puerta se volvió y dijo:

—¿Subirás a ver cómo me baño?

—A lo mejor —dije.

—La caja de lápices de Puh, ¿era mejor que la mía?

—Era exactamente igual —dije.

Asintió con la cabeza y salió... Unos segundos más tarde pude oír a Winny-de-Puh (*pum, pum, pum*) subiendo las escaleras con la cabeza.



